TEMAS SEXUALES

Dr. A. MARTIN
de LUCENAY



la virginidad

una pesca

TEMAS SEXUALES

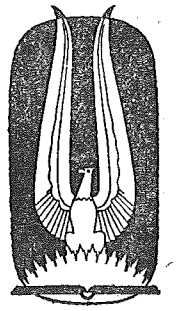
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

2

DR. A. MARTIN DE LUCENAY

LA VIRGINIDAD

Anatomía de la virginidad.—Ruptura ocasional del hímen.—La virginidad a través de los tiempos.—Las pruebas de la virginidad.—Las investigaciones sobre la virginidad.—El derecho de desfloración.—La virginidad en su aspecto moral.—Aspecto médico-legal de la virginidad.—Violación y atentado en las vírgenes.—Otras circunstancias de violación



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
DICIEMBRE 1932

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMPRENTA ARGIS.-ALTAM.RANO, 30. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

El titulo de «¿Existe la virginidad?» hubiera sido el más adecuado para servir de portada a un tema de tanta importancia en la vida social e incluso erótica de los pueblos que aún miden la moral de una mujer, y, por absurda extensión, la de su familia toda, por la presencia o ausencia de un signo físico de valor limitadísimo.

No cabe duda que el asunto se presta a un sin fin de consideraciones de todos los órdenes, analizándolo desde el plano ideal de la imparcialidad más austera. Pero estamos seguros, convencidos de antemano, que todas las apreciaciones que haga el médico, el filósofo, el poeta, como el psicólogo o el teólogo, para establecer una base doctrinal inmutable, no tendrán más valor que el de una convicción sofística de piel para afuera: de piel para adentro, cada hombre que, según los cánones de la pretendida perfección moral de este siglo y de todos, intente convencer o otros con sus argumentos o razones, jamás podrá envanecerse de su triunfo, si a los cinco minutos llega otro que le diga lo contrario.

La moral de la mujer en casi todos los pueblos, desde que el mundo es mundo, ha radicado siempre en ese issignificante detalle anatómico, situado a tres centímetros del orificio por donde se opera la evacuación de los más repugnantes detritus. ¡Tanta poesía al lado de tanta prosa!...

Para la apreciación de la virginidad, hay que atenerse a las diferentes gradaciones del amor. Conste que al decir amor, *nos referimos a la sexualidad como consecuencia inmediata. El amor sin la conclusión naturalísima del contacto sexual, no existe más que en la imaginación desviada de los pretendidos románticos. Al final de cada empresa amorosa, aparentemente idealista, pura, inmaterial, o como quiera llamarse, existe siempre un deseo, que acaso pueda ser inconsciente, pero desde luego instintivo, de poseer carnalmente el objeto*

amado. El amor, interpretado de otra forma, apenas si se concibe en las declamaciones completamente sofísticas de los poetas. Esto, pudiera suscribirlo el mismo Goethe.

En cambio, para que la sexualidad se manifieste, no es necesario el elemento amor, aunque en la inmensa mayoría de los casos, el grado de animalidad del individuo resulta considerablemente atenuado por un sentimiento complejo equivalente, por lo menos, a un fidelísimo trasunto del amor.

En el primer caso, la virginidad juega el papel preponderante, aunque suceda muchas veces que la prostituta más pervertida pueda despertar esas pasiones idealistas, capaces de llevar al suicidio al pobre enfermo de amor. Pero no es lo frecuente, si lo analizamos desde cualquer plano social que no sea el más elevado.

En el segundo caso, la virginidad no es nada: por lo general representa un inconveniente molestísimo y a veces insuperable. Por otra parte, cuando se trata de una unión en la que el amor no juega papel alguno, la ausencia o la presencia del signo virginal es algo que no preocupa a ninguno de los desposados.

Pero no es esto lo más esencial del tema: lo que nos interesa es aclarar, o pretenderlo, mejor dicho, si la virginidad existe o no desde el punto de vista anatómico, ya que en el orden moral, ni el médico, ni el teólogo, ni el filósofo, son capaces de emitir una opinión sobre la que sea posible sustentar la base de la tranquilidad de aquellos que, sin otras preocupaciones fundamentales, buscan en la mujer absolutamente todas las primicias, convencidos de que la posesión debe significar, además, garantía de monopolio, como si dijéramos, hasta con efectos retroactivos...

No obstante, procuraremos realizar algunas consideraciones en el orden ético, pero no con pretencioso carácter dogmático, sino recurriendo a la lógica, que a veces nos brinda el mayor y más sincero sedante para nuestras pavorosas tragedias sentimentales...

ANATOMIA DE LA VIRGINIDAD

Dos pensamientos.—La falta del himen.—Opiniones contradictorias.—Situación de la membrana. Formas del himen.—Su consistencia.—Distensibilidad.—Formas de la rotura.—Carúnculas mirtiformes.—Composición anatómica de la membrana.

Un filósofo ha dicho: "Toda la gracia de la virginidad va comprendida en una palabra: ignorancia. La virginidad, como ciertos frutos, sólo puede conservarse por el procedimiento de la disecación." Hay otro que ha dicho, refiriéndose a lo mismo, que la virginidad consiste en una débil membrana que sólo algunas veces se encuentra en los fetos del sexo femenino.

De lo profundo de un pensamiento a lo superficial y arbitrario de otro, media un verdadero abismo. Desde luego, ambos filósofos, suponiendo que el segundo lo sea, coinciden en el punto fundamental de negar a la virginidad la importancia que desde el principio del mundo la han atribuído casi todos los pueblos.

Un médico que parta del punto de vista esencial de su profesión, no debe preocuparse demasiado de la evidencia de tales asertos; pero es que el médico también es hombre, y para situarse en un plano sincero de imparcialidad, necesitaría ni ser hombre, ni ser filósofo... ni ser médico. Pues, entonces, ¿qué ha de ser? Mujer tampoco: acaso le fuese precisa la posesión de un tercer sexo, y es fácil que ni aún con esto pudiese emitir una opinión irrebatible.

Y aquí el médico, sin querer, se ha convertido en filósofo.

El sabio alemán doctor Otto Oertel afirma que la aplaxia o falta completa del himen es un caso especialmente raro. No estoy de acuerdo con tan autorizadísima aseveración, aunque, aparte de mis observaciones, reconozco que las razas humanas evidencian su diferenciación en distintos caracteres morfológicos, que no pueden ser olvidados por los anatomistas.

Al igual que entre las mujeres de Hotentocia es muy frecuente la dilatación de los pequeños labios hasta constituír el llamado *delantal de las hotentotes,* es posible que entre las sajonas resulte "especialmente raro" hallarse ante la falta total de la membrana himen. Esto es evidente, sin que tengamos necesidad de remontarnos al estudio de la embriología.

Es cierto que un gran número de anatomistas han negado la existencia del himen, porque no le han encontrado en los fetos, en las niñas recién nacidas ni en algunas jóvenes que no habían practicado el coito.

La causa de estos errores indudables de apreciación puede proceder del escaso desenvolvimiento de las partes sexuales, en los dos primeros casos, y, en el tercero, de la destrucción del himen, ya sea por tocamientos o bien por accidentes.

Estas afirmaciones son del doctor Jaff, y no estoy de acuerdo con ellas, porque presupone pasarse de listo, vulgarizando la expresión, supeditar el dictamen del investigador a la posible dudosa conducta de la mujer observada. Siempre, absoldtamente siempre, puede demostrarse que una mujer ha tenido membrana himen o que no la tuvo jamás. Por mi parte, en la práctica diaria, con mujeres de todas las edades, he podido advertir, si me lo he propuesto, la existencia de restos himenales en forma de carúnculas o de colgajos, según que sea multípara o nulípara.

Naturalmente, también he observado casos en que la aplaxia del himen era evidente o, de otra forma, que los restos de los colgajos himenales llegan a ser absorbidos por los tejidos que sirven a la membrana de base de implantación.

La membrana virginal constituye el límite entre el vestíbulo y la vagina, y está formada por un repliegue, prolongación de los pequeños labios, que generalmente obtura la entrada vaginal, frecuentemente solo en parte, aunque se dan casos en que la imperforación es completa, lo que constituye la *atrepsia himenal.*

La membrana se halla separada de los pequeños labios por un surco *ninfohimenal,* hendedura de escasa cavidad que se prolonga en igual extensión a la que alcance la periferia del himen.

El portio vaginal o entrada de la vagina, resulta considerablemente estrechado por la membrana, ofreciendo, en la mayoría de los casos, la forma de una media luna, visible en cuanto se separan los grandes labios. Otras veces el himen puede insertarse dentro de la vagina y a una relativa profundidad, en cuyo caso, un investigador

poco escrupuloso pudiera incurrir en la ligereza a que hace referencia el doctor Jaff.

Es el himen una especie de diafragma, cuya forma y distensibilidad son muy variables. La mayoría de las veces su orificio se halla excéntricamente emplazado con relación a la uretra.

En el himen deben distinguirse dos superficies: una vestibular y otra vaginal. La primera es de estructura cutánea, y la segunda de naturaleza mucosa.

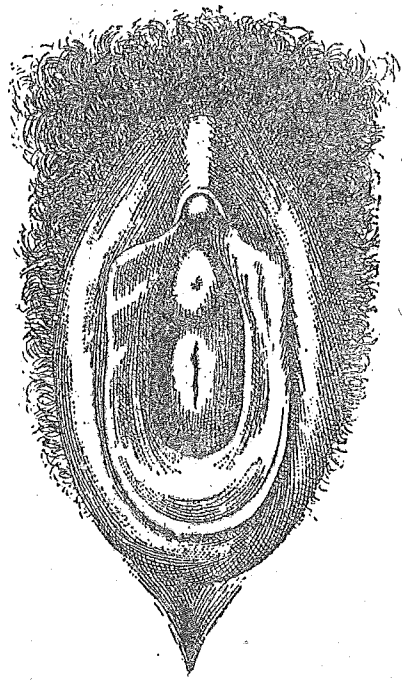


FIG. 1 HIMEN BILABIADO DE ESCASA ABERTURA

Según la abertura esté más o menos situada hacia adelante, en el centro o hacia atrás, se dice que el himen es semilunar, anular o circular. El himen falciforme tiene la forma de una abertura central de bordes separados, lo que le diferencia del bilabiado, cuya hendedura, de trayectoria vertical—generalmente sinuosa—es tan estrecha que parecen estar juntos los bordes labios. (Fig. 1.)

Muchas son las formas que adopta esta membrana (lámina I), pero las más frecuentes son: *anular,* cuyo orificio, redondo, se inserta en el

centro; *semilunar*, el que fija sus bordes en las paredes laterales, sin adherencia en la parte superior del portio; *fimbriatus*, el orificio, generalmente de bordes lisos, pero algunas veces dentados, que parece hecho por incisiones irregulares en direcciones diversas; el himen *septus*, muy raro, en el cual resultan constituídas dos aberturas por un tabique divisor, casi siempre vertical (Fig. 2.ª).

Este tabique, según el doctor Otto Oertel, es una prolongación de la nervadura central de la columna rugosa posterior. En determinadas circunstancias puede no ser completo y estar formado por dos puntas, que no llegan a tocarse la una con la otra. Cuando se extiende un puente carnoso por dentro del tabique, recibe el nombre de himen *columnatus*.

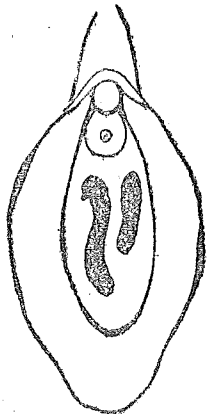


FIG. 2. HIMEN "SEPTUS" O EN PUENTE (Rarísimo)

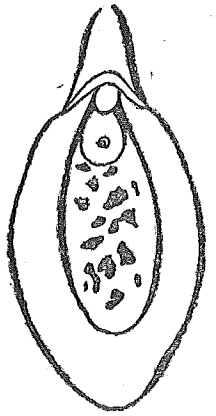


FIG. 3. HIMEN CRIBIFORME (Particularmente raro)

Muy raro también es el himen *cribiformis*, que puede presentar hasta once pequeñas perforaciones en el lugar del orificio corriente. (Figura 3.ª).

Más frecuente es el himen *imperforatus* (atrepsia himenal), y no tanto el *microperforatus*.

Consecuencias de estas anomalías congénitas es la retención de la sangre de los períodos menstruales, con formación de *hematómetras* (acumulación de sangre en el útero) y *hematocolpos*, o sea la distensión anormal de la vagina, causada por la retención del flujo catamenial. Ambos casos hacen casi imposible la cohabitación, por la dificultad de la apertura espontánea del himen, siendo entonces necesario practicar la incisión quirúrgica de la membrana.

El himen hipertrófico y el múltiple, o sea una segunda membrana por encima del himen normal, constituyen formaciones patológicas.

La consistencia de la membrana normal varía mucho, según los casos. En las niñas representa un velo muy tenue, de bordes lisos y

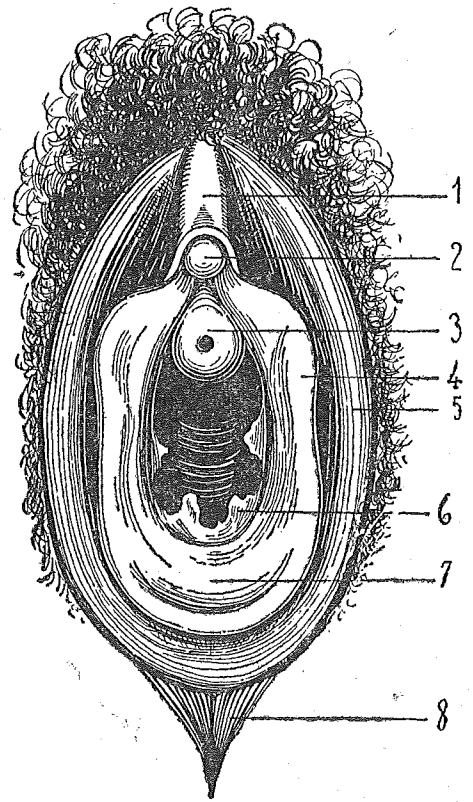


FIG. 4, HIMEN SEMILUNAR DESFLORADO

Envoltura del clitoris,—2, Glande,—3, Meato urinario, 4, Pequeños labios,—5, Grandes labios,—6, Carúnculos mirtiformes,—7, Horquilla,—8, Periné

muy vascularizado. En cambio, en las vírgenes viejas constituye una tela firme y dura, muchas veces tan cartilaginosa, que cuando no ofrece obstáculos casi invencibles a la cohabitación es necesario desbridarla a golpe de bisturí.

Con el nombre de himen *carnosus* se designan las membranas de extraordinaria resistencia.

La distensibilidad del himen puede ser tan grande que el acto del coito no deja huella de ninguna clase. En efecto, yo he tenido ocasión de observar un caso de tal persistencia en una mujer de veintiocho años, que hacía siete se dedicaba a la prostitución.

Normalmente, durante la desfloración se rompe el himen, completando luego el primer parto este desgarro. En los hímenes de forma anular, la rotura produce varios colgajos. Los semilunares se desgarran, por regla general, por el centro y hacia atrás. Si la resistencia es grande, puede producirse en la base de implantación, y, en este caso, quedan flotando los restos himenales a la entrada de la vagina. (Fig. 4.ª)

Estos restos, sobre todo después de uno o varios partos, persisten como carúnculas mirtiformes hasta edades muy avanzadas.

La morfología de dichas carúnculas, llamadas mirtiformes por su analogía con la flor del mirto, es muy variable; las hay gruesas, delgadas, pequeñas, lisas, papilares, ensortijadas, cicatrizales, lobulares, verrugosas, etc. Casi siempre quedan implantadas en el borde posterior de la entrada de la vagina, en donde se las ve unas al lado de las otras, y no siempre simétricamente colocadas.

Partiendo de este punto de vista anatómico, se comprende la enorme dificultad que existe para saber si ha tenido lugar la rotura por consecuencia del coito, si se trata de formaciones defectuosas o de variedades dentro del desarrollo normal.

Como pliegue de la mucosa vaginal, el himen se compone de una substancia fundamental formada por tejido conjuntivo, finamente trabeculada y muy vascular. Examinada la membrana al microscopio, se ve que contiene numerosas papilas y está revestida, tanto por la superficie vestibular como por la vaginal, de epitelio poliestratificado, o sea formado por muchas capas de casi igual espesor. El epitelio vestibular se diferencia del vaginal por su formación algo más compacta.

Terminemos, pues, con el examen de la membrana desde el punto de vista anatómico, para apreciar su importancia en sus demás aspectos.

RUPTURA OCASIONAL DEL HIMEN

Causalidad de la ruptura.—La incultura sexual.—La retención de la sangre menstrual, causa de la ruptura.—Un caso clínico.—Consecuencias de una caída.—Los tiempos actuales facilitan la ruptura himenal.—Desproporción entre la causa y el efecto.—La higiene, enemiga del himen.—Otras causas.—Desprecio de la virginidad.—Contradicción. Consideraciones psicológicas.—Opiniones.

Como ya hemos dicho, la ausencia del himen puede ser congénita o su presencia tan rudimentaria, que en forma alguna es posible estimarla como completa. Aun suponiendo a una joven de fuerte constitución y provista de sus más completos detalles anatómicos, incluso de un himen imperforatus, el mejor día, sin que ella lo advierta, sin la más leve efusión de sangre inclusive, a consecuencia de un salto, de un mal paso, de una carrera, etc., puede dejar de ser virgen desde el punto de vista fisiológico.

Y es más: teniendo en cuenta hasta donde llega la enorme incultura que en materia sexual padecen nuestras mujeres, diremos, sin temor al equívoco, que ignoran casi en absoluto en qué consiste la prueba anatómica de su virginidad, ni cuáles son las características morfológicas de la membrana himen. Apelo en este punto al testimonio sincero de las mujeres que esto lean.

Entre los agentes capaces de provocar una destrucción casual del himen, debemos incluir, por ejemplo, la retención de la sangre de las reglas. A este propósito recuerdo un caso interesante demostrativo de mi aserto, que voy a referir.

Un día se me presentó en la clínica una señora acompañada de su hija, la cual se quejaba del escozor producido por unos granitos eruptivos que le habían salido en los grandes labios. El caso carecía de importancia. Comprobé que la erupción era a consecuencia de haberse

frotado con alguna energía en aquella parte con los paños de su higiene íntima; pero también advertí de paso la integridad completa de su membrana himen, de estructura anular, cosa que, moralmente, nada me extrañó, dada la ética de la señorita en cuestión, pese a la relativa libertad en que hoy viven las mujeres de ciertas clases sociales.

Pero dos días más tarde volví a recibir la visita de ambas mujeres. La joven se quejaba de un escozor agudo en sus genitales, mas se resistía a someterse a una exploración por el hecho de hallarse en pleno período menstrual. Logré convencerla, haciéndola pasar al cuarto de baño, donde hizo uso del bidet, y al examinarla los grandes labios, colocada en correcta postura ginecológica, observé con la natural sorpresa que su membrana himenal había sido destruída y que el escozor que sufría radicaba precisamente en la base de implantación del surco ninfohimenal.

Con toda naturalidad me explicó lo sucedido. Dos horas antes, veinticuatro después de haber empezado con el período, sintió dolores muy agudos provocados por la retención de sangre coagulada, y, en su ignorancia, por una parte, y en el deseo de hallar consuelo a su padecimiento, instintivamente introdujo dos dedos por el anillo vulvar, y, cogiendo un coágulo, tiró de él. Entonces, me dijo, salió la sangre a borbotones y empezó el escozor citado.

Comprendí perfectamente lo ocurrido: el mismo coágulo voluminoso fué suficiente para provocar la ruptura de la membrana, de dentro a fuera, claramente advertida por la forma del desgarro, constituído por una incisión que iba desde la cresta a la base de implantación.

La muchacha tenía novio, y la madre, naturalmente atemorizada, me rogó que la extendiese un certificado acreditativo de la forma en que se efectuó la ruptura de la membrana, por las consecuencias que el hecho pudiera tener. Lo hice, en efecto; pero dada mi amistad con el prometido de la joven, me entrevisté con él, explicándole todo lo ocurrido. Y por toda respuesta, dijo:

—Lamento lo que ella haya podido sufrir; pero, por otra parte, lo celebro sinceramente, ya que me he evitado el trance más enojoso por que hubiéramos tenido que pasar en nuestra noche de bodas...

En esta conformidad, en tal expresión sincera, vi un compendio de moral racional, de lógica, de inteligencia y de ternura: de verdadera hombría, en suma.

En otra ocasión, asistía a los partidos de un campeonato de tennis como espectador y amigo de uno de los contendientes. Cerca de mí se hallaba sentada una señorita de unos veinte años de edad, con la

que comentaba las incidencias del torneo, que había llegado a una fase interesante, ya que los jugadores desplegaban la máxima actividad. En esto, uno de ellos lanzó la pelota con tal violencia, que, no pudiendo ser recogida por el adversario, fué a dar cerca de donde nos encontrábamos, no botando contra la señorita a que aludo porque ésta, en un rápido movimiento, logró esquivarla, pero con tan mala fortuna, que se cayó de la silla donde estaba subida.

Naturalmente, la ayudé a levantarse, preguntándola si se había lastimado. En efecto, se quejaba de un dolor agudo en la región inguinal, que pasó pronto. Pero media hora después, la ví pálida, desencajada, como próxima a sufrir un desvanecimiento. En unión de una señora amiga que la acompañaba, la llevamos al botiquín del club, donde procedimos a reconocerla. Sinceramente, ya había sospechado lo sucedido, de modo que no me cogió de sorpresa. Tras de lavar la abundante sangre producida por el desgarro, advertí claramente la rotura del himen, ocurrida a causa de una violenta distensión de los muslos, consecuencia de la caída.

Después de efectuar una cuidadosa desinfección de la herida y contener la hemorragia, pasó a su domicilio, donde la visité durante tres días, hasta ver lograda la completa cicatrización. Terminé extendiendo el correspondiente certificado facultativo de las consecuencias del accidente, del que fuí principal testigo.

Antiguamente, cuando la vida social de la mujer se desenvolvía bajo la espada de Damocles de los prejuicios de esta índole, entregada de continuo a sus labores clásicas y sometida siempre a la férula familiar, una joven carecía de toda libertad, no sólo para expresar sus sentimientos, sino hasta para sentirlos, acariciándolos o repudiándolos en su fuero interno. Generalmente, el confesor de la familia ejercía más autoridad sobre la mujer que la familia misma.

En estas condiciones, fuera del rigodón, la gallinita ciega y otras distracciones de índole semejante, el deporte, en sus manifestaciones de entonces, estaba monopolizado por el sexo fuerte, y cualquiera tentativa de invasión de ese campo por la mujer, se traducía, invariablemente, en la crítica más adversa y condenatoria. Esto es, que la mujer, completamente aherrojada por los brutales prejuicios de la época, apenas si ejercitaba otra función social que la anhelada por las ambiciones egoísticas de los supuestos románticos de todos los tiempos.

Se rechazaba con gestos de pudibunda alarma todo cuanto supusiese salirse del reducidísimo campo de actividad que la Iglesia imponía por boca de sus ministros, y la modestia y el pudor, según los

cánones religiosos, era algo consustancial del individuo, o debía serlo, pero ferozmente incompatible con la higiene. En resumen, que sobre la mujer pesaba la prohibición absoluta de practicar cualquier ejercicio físico, tan necesario siempre al mejor desenvolvimiento de la economía animal, so pretexto de inmoralidad.

Claro está, que esta actitud enérgica de la moral de aquellos tiempos en dicho caso particular, no se relacionaba para nada con la prevención de la pérdida de la virginidad como hecho puramente físico.

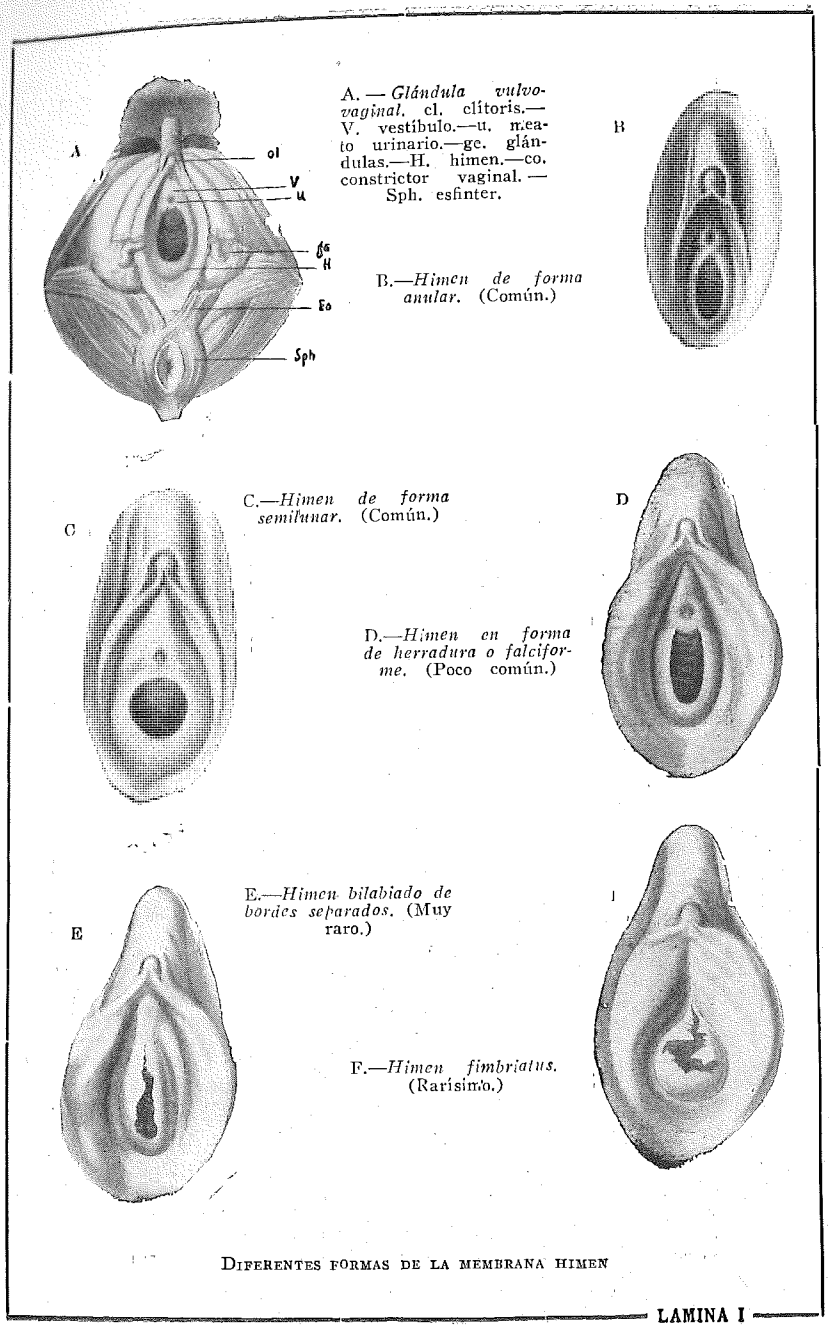
Pero los tiempos modernos, en los que la moda o las necesidades de la vida han venido a desterrar tan inútiles y antihigiénicas teorías, imponiendo el deporte en todas sus manifestaciones, son tanto para el hombre como para la mujer, y prescindiendo de la menor valoración moral de la virginidad, hecho evidente y afortunado, en el aspecto puramente fisiológico, no cabe duda que los medios para perder esa débil membrana existen en abundancia, y, lo que es peor para los intransigentes tradicionalistas, hombres y mujeres, es que ni ellas mismas se dan cuenta, en la mayoría de los casos, de la ocasión en que el signo físico desapareció para siempre de manera físicamente irreparable.

Está demostrado que la causalidad de la ruptura del himen es tan abundante como fortuita. Por ello, entre los pueblos de cultura superior, cuya base de educación se fundamenta en el estudio sincero de la fisiología, la ausencia o presencia de la citada membrana, desde el punto de vista escuetamente moral, no ocupa lugar alguno en el concepto que la mujer merece del hombre que la desposa o hace de ella su amante.

Tan frágil membrana no posee la consistencia que debiera tener una estructura cuya presencia o ausencia ha alcanzado valor tan considerable. Su falta, no significa en modo alguno necesariamente que una mujer haya tenido relaciones carnales con un hombre, y su presencia tampoco significa que nunca las haya tenido.

Ya hemos visto de cuántas maneras puede destruírse el himen, además del coito. Entre los chinos, japoneses, indios y otros pueblos de Oriente, los órganos genitales femeninos se mantienen desde la infancia tan escrupulosamente limpios, por medio de lavados diarios muy frecuentes, introduciéndose los dedos en la vagina, que el himen desaparece rápidamente, y su existencia resulta casi desconocida para los médicos chinos.

En algunas tribus de indios brasileños existe una costumbre parecida en las madres, con respecto a sus hijas pequeñas, no tanto



A. — *Glándula vulvo-vaginal.* cl. clítoris.— V. vestíbulo.—u. meato urinario.—ge. glándulas.—H. himen.—co. constrictor vaginal. — Sph. esfínter.

B.—*Himen de forma anular.* (Común.)

C.—*Himen de forma semilunar.* (Común.)

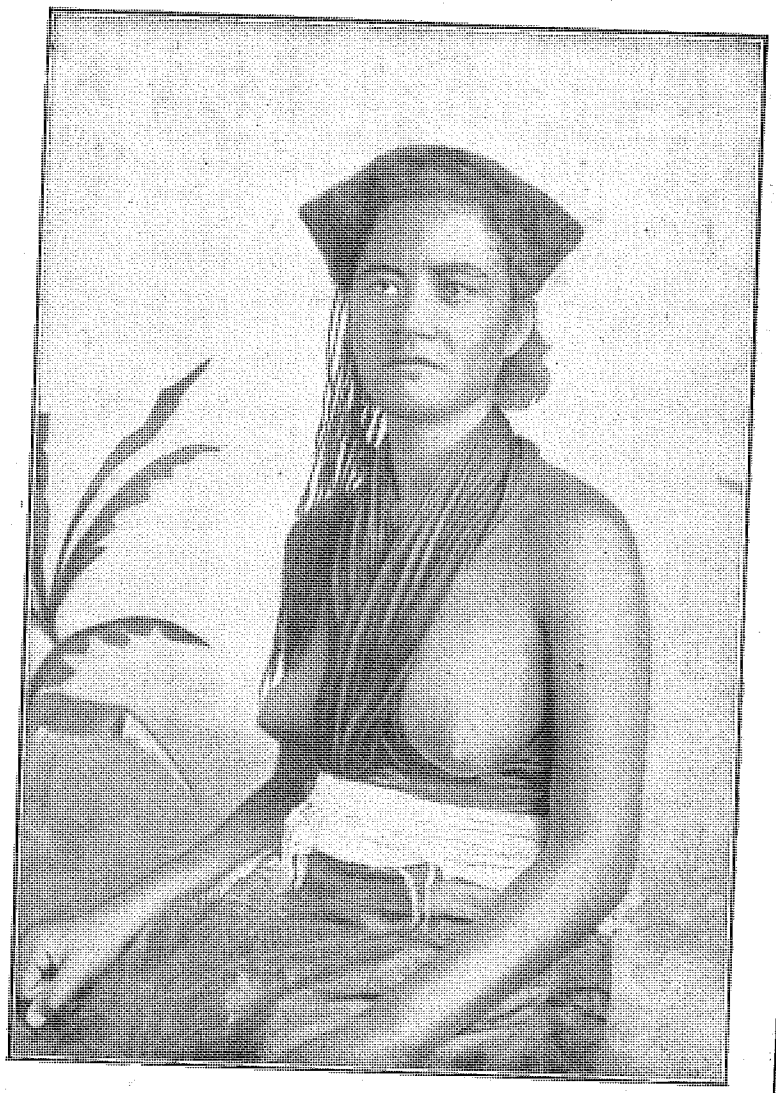
D.—*Himen en forma de herradura o falciforme.* (Poco común.)

E.—*Himen bilabiado de bordes separados.* (Muy raro.)

F.—*Himen fimbriatus.* (Rarísimo.)

DIFERENTES FORMAS DE LA MEMBRANA HIMEN

LAMINA I



MUJER DE LAS ISLAS HAWAI

Esta mujer no es virgen. En las paradisíacas islas del Pacífico, estas matronas tienen por principal misión poner a las jóvenes en condiciones de contraer matrimonio, empezando por causarlas la ruptura del himen por medio de dilataciones sucesivas.

LÁMINA II

por razones de limpieza como para facilitar las relaciones sexuales en lo porvenir. Y entre los mahometanos, en los cuales las abluciones de los genitales son completamente rituales, de fuerte significación religiosa, nada tiene de particular que ocurra otro tanto en la inmensa mayoría de las mujeres.

Otra causa frecuentísima de la desfloración fisiológica es la masturbación. La intromisión en la vagina de objetos relativamente voluminosos, o a veces un dedo simplemente, son causas más que sobradas para producir esta destrucción irreparable.

Los poetas llamaron al himen *flor virginatis*, raiz del término médico-legal, *defloratio*. A pesar de la importancia que, por espacio de mucho tiempo, se atribuyó a los fenómenos relacionados con él, el himen no se conoció con exactitud hasta que Vesalius, Falopio y Spigelius lo descubrieron y le dieron un nombre. Sin embargo, lo conocían los autores árabes, Averroes y Avicena.

A pesar de cuanto llevamos dicho y aún hemos de decir con relación a la membrana virginal, afirmar que tan delicado detalle es, desde el punto de vista físico, una estructura mucho más importante que cuaquier otra parte del cuerpo, es dar una idea poco adecuada de la inmensa importancia del himen a los ojos de los hombres de épocas antiguas, y aún de nuestro propio tiempo.

Pero evidentemente, para los usos del cuerpo femenino e incluso para su belleza, no hay parte que sea más insignificante. Puro en la estimación humana, ha adquirido un valor espiritual que lo ha convertido en mucho más que una parte del cuerpo. Ha tomado lugar en el alma, y su presencia da todo su valor y toda su dignidad, incluso el nombre, a la mujer soltera; su pureza, su atracción, su valor en el mercado público y matrimonial...

El himen ha desempeñado un papel muy definido e importante en la vida moral y social de la humanidad. Havelock Ellis dice que hasta hace poco ha sido bastante difícil precisar qué función biológica ha ejercido para asegurar su desarrollo y conservación. "Indudablemente—añade—, la selección sexual ha laborado en favor suyo, pero esta influencia ha sido muy limitada y relativamente reciente".

Hay autores que afirman que la virginidad no suele ser apreciada en los pueblos completamente primitivos. Incluso en la civilización clásica, de que somos herederos, es fácil demostrar que la virgen y la admiración por la virgen son cosas de origen muy posterior; las diosas vírgenes no eran en un principio vírgenes en el sentido moderno de la expresión. Diana fué la deidad de múltiples pechos, pro-

tectora del alumbramiento, antes de convertirse en casta y solitaria cazadora, pues la primitiva distinción parece haberse hecho entre la mujer unida a un hombre y la mujer que conservaba su libertad y su independencia, y la suposición de que esta última se hallaba libre de toda relación sexual, fué una noción bastante posterior.

Seguimos copiando a Havelock Ellis: "No debemos ciertamente buscar el origen del himen en la selección sexual, sino en la selección natural. Y aquí podría parecer, a primera vista, que nos hallamos ante una contradicción de la Naturaleza, puesto que esta última trata siempre de conseguir un máximun de fertilización. "Criad y multiplicad" es una orden tan evidente de la Naturaleza, que los hebreos, con su penetración habitual, no vacilaron en poner este mandamiento en labios de Jeovah. Pero el himen es una barrera que se opone a la fecundación. Debemos recordar siempre que, a medida que nos elevamos en la escala zoológica, y a medida que se aumenta el período de la gestación y disminuye el número posible de descendientes, hácese más esencial que la fertilización sea efectiva, más bien que fácil; cuanto menor es la progenie, más necesario es que sea vigorosa y sobreviva."

Es indudable, como ya lo han indicado algunos autores, que el himen debe su desarrollo al hecho de que su influencia se halla de parte de la fecundación efectiva. Es un obstáculo que se opone a la fecundación de la hembra joven por varones débiles, ancianos o sin condiciones.

El himen es, pues, una manifestación anatómica de la admiración por la fuerza que caracteriza a la hembra en la elección de su compañero. Considerando de esta manera, es un ejemplo interesante de la intimidad con que la selección sexual se funda real y verdaderamente en la selección natural.

Puede añadirse que esta interpretación de la función biológica del himen se apoya en los hechos de su evolución. Es desconocida en los mamíferos inferiores, en los cuales la fecundación es fácil, la gestación breve y la descendencia numerosa. Solo empieza a manifestarse en los mamíferos superiores, en los cuales la reproducción va adquiriendo los caracteres que llegan en el hombre a su máximo desarrollo.

Varios autores han hallado vestigios de un himen rudimentario, no solamente en las hembras de los monos, sino en las de los elefantes, caballos, asnos, perros, osos, cerdos, hienas y jirafas, según dice Hyrtl en su obra "Anatomía y desarrollo del himen".

En las especies humanas es donde la tendencia a la limitación de la prole es más marcada combinada al mismo tiempo con una mayor aptitud para la preñez de la que existe en los mamíferos inferiores. Aquí es, por lo tanto, donde un fracaso físico tiene más valor, y, en su consecuencia, hallamos que, de todos los animales, la mujer es la única que posee un himen completamente desarrollado.

Pese a tan valiosas consideraciones, puesto que están hechas por verdaderas autoridades en la materia, no es posible aceptarlas de una manera universal, puesto que al igual que en esos seres inferiores de la escala zoológica, en la mujer se dan casos muy frecuentes, no sólo de una presencia rudimentaria de membrana himenal, sino hasta de la ausencia completa, naturalmente congénita de la misma.

Metchnikoff, por ejemplo, emite una opinión totalmente contraria, y arguye que la función del himen no es la de actuar como barrera para el coito, sino facilitarlo, pues cree que aumentaba el placer del acto sexual, cuando en los primitivos tiempos humanos, éste se verificaba en edad más temprana; en estas circunstancias, cree que el himen no se rompía, sino que se estiraba tan solo. Esta opinión no es convincente y ofrece muchas dificultades.

Stechow se opone igualmente a la opinión de que el himen impide y a la de que favorece el coito. Expone una teoría referente tan sólo a su presencia, y lo considera como un mero vestigio que no desempeña ninguna función. Cree que es un hecho de gran importancia el de que la almeja y algunos otros animales muestren en la hembra una uretra que pasa a través del clítoris, y, unida a ésta, forma una tendencia, en edad temprana, a que la vagina permanezca cerrada. El himen, dice finalmente, es un nuevo vestigio rudimentario de esta vagina, parcialmente obturado.

Yo comparto, aunque no del todo, la opinión de Stechow, rechazando de plano lo que Metchnikoff afirma, especialmente al decir que la función del himen consiste en facilitar el coito.

Desde el momento en que constituye una barrera a veces infranqueable, como sucede en los casos de hímenes carnosos e incluso de fuerte consistencia cartilaginosa, no puede decirse, en manera alguna, que sirva para facilitar el primer contacto sexual con una mujer completamente virgen, desde el punto de vista especificamente anatómico. Aunque la membrana carezca de esa resistencia, a excepción del caso en que sea extremadamente dilatable, ningún hombre que haya cohabitado en estas condiciones puede decir, honradamente, que la presencia del himen no constituyó un obstáculo, si no in-

franqueable, al menos enojoso. Pero todo, absolutamente todo, antes que suponer un medio encaminado exclusivamente a facilitar la consecución del fin.

En cuanto a la afirmación que hace diciendo que en los tiempos primitivos aumentaba el placer del acto sexual, hay que suponer que esta apreciación se refiera exclusivamente al aspecto psíquico del asunto, que ninguna relación puede tener con el orden físico. Eso de creer que el himen se extendía en términos generales, es un criterio que no pasa de ser una suposición. Sin apartarnos de la anatomía de los tejidos, es lógico suponer que en una niña han de ser más débiles y ofrecer menos resistencia que los de una mujer que haya llegado a la época de su madurez sexual.

No nos dice Metchnikoff la edad que los hombres habían de tener para iniciarse en las funciones sexuales. Pero si admitimos que en esa edad fuesen ya conscientes de sus sexualidades, hay que admitir también que el miembro viril necesita fundamentalmente de un grado de erección y turgencia tales que constituya una garantía para la perfecta realización de la cópula, y, por lo tanto, para producir casi siempre la ruptura del himen de esas vírgenes.

En el aspecto psíquico es donde únicamente concede a Metchnikoff un punto de razón, ya que la evidencia del himen supone en algunos hombres el máximo atractivo sexual que puede brindarle una mujer, prescindiendo de todos los demás caracteres que ya quedan relegados a segundo término.

Además, aun el supuesto de que el himen de estas vírgenes no hiciese más que dilatarse, hay que convenir en que nunca facilitaría los transportes sexuales, sino que los haría más difíciles, so pena de que el anillo himenal fuese tan amplio que equivaliese a la ausencia completa del himen. Claro es que esta opinión mía, que no pasa de ser una hipótesis, también puede prestarse a discusiones; pero en el terreno de lo hipotético y ante una afirmación tan audaz como la de Metchnikoff, me atrevo a suponer que lo que él consideraba membrana himen, no fuesen más que los músculos vestibulares del anillo vulvar.

LA VIRGINIDAD A TRAVES DE LOS TIEMPOS

El poder de un adagio.—Hebreos y musulmanes. Los romanos.—La virginidad entre los tahitianos. Desfloradores de profesión.—La autodesfloración en la India.—Testimonio presencial.—Los sacerdotes.—Los Ouled-Nails.—Costumbres del Brasil.—Un concepto romántico.—En Nubia.—Procedimientos de desfloración.—Las vírgenes de Annam.—Vírgenes impuras.

Un adagio latino dice: *Prima Venus debet esse cruenta*; o sea que el primer acto sexual ejecutado por una mujer debe ser sangriento.

Alrededor de tal monstruosidad, de este error enorme, exponente de tanta incultura antigua como incomprensión moderna, ha girado el honor de la mujer.

El adagio, pese a su antigüedad remota, aún tiene un prestigio casi indestructible entre las gentes de nuestra más culta esfera social; pero un prestigio hermético e imperante, al que se supeditan todas las demás condiciones físicas y morales de la mujer.

Entre los hebreos, el pueblo de leyes morales más feroces que aún alienta sobre lo tierra, se lapidaba a la mujer que a la noche siguiente de sus nupcias no podía mostrar en una ventana de su casa la sábana de la cama matrimonial manchada por las huellas sangrientas de la desfloración.

Y no hace falta invocar las teorías bestiales de las religiones ni los mitos que admiten la maternidad de una virgen, puesto que no tuvo contacto con varón. Estas leyendas y doctrinas que, por fortuna, la sucesión del tiempo va cubriendo con el polvo piadoso del olvido, no han servido para otra cosa que para poner de manifiesto la barbarie

desenfrenada que retrasó la lógica evolución del mundo en el camino de su progreso ético y científico.

Entre los musulmanes también se concede una importancia capital al adagio latino, si bien sucede que la destrucción del himen ocurre en la infancia, con motivo de las prescripciones religiosas y eminentemente higiénicas del Korán, o, en la recién casada, suele efectuarlo una matrona valiéndose de un instrumento cortante cualquiera, pero nunca lo ejecuta el marido. Tres días después de haber dejado expedito al esposo el camino de la voluptuosidad, se le entrega su mujer perfectamente apta para iniciar la vida sexual, sin temor a las diversas complicaciones que pueden sobrevenir a causa de la rotura, no siempre efectuada en condiciones de perfecta tranquilidad por parte del enamorado esposo, para que pueda darse cuenta del alcance ello puede tener en el transcurso de su vida matrimonial. (Lám. II.)

Entre los romanos se concedía más importancia a los gritos de la recién casada en los momentos de su primer contacto carnal con el esposo, que a la hemorragia resultante de la rotura himenal. Dicen algunos autores que para ahogar los quejidos de la desflorada se acostumbraba a hacer que varios niños permaneciesen en la cámara nupcial durante toda la noche, dedicados exclusivamente a remover las nueces contenidas en un cesto.

A propósito de esta costumbre, dice el doctor Garnier, que los romanos, muy superticiosos, y para los cuales todo tenía una interpretación alegórica, veían en la nuez el enigma del matrimonio: es necesario romper la cáscara para saber si su contenido está sano o no lo está.

Según afirma el doctor Lessoins, en Tahiti se sustentaban unas teorías singularísimas acerca de la virginidad y la relación que existe entre este estado y la menstruación. Para aquellos indígenas, el flujo periódico no es una función natural que surge espontánea en determinada época de la vida. Por el contrario, el primer menstruo significa tanto como la desfloración, y el hecho de que una muchacha menstrúe, es signo indudable de que ya ha cohabitado con un hombre.

Ellas, por su parte, se imaginan que la aparición del menstruo determina una completa transformación, que tiene por fin el perfeccionamiento de su belleza y el total desarrollo de sus gracias femeniles. Y como allí el ansia de aparecer hermosa es tan grande como en los pueblos civilizados, las jóvenes no retroceden ante nada con tal de llegar al máximun de la perfección física. Por eso, para lograr

la menstruación lo más pronto posible, y con ella la hermosura, siguiendo su errónea creencia, procuran desde la edad más tierna que un hombre las estreche entre sus brazos. (Lámina III, A y B.)

Entre los habitantes de las islas de la Melanesia, las muchachas, a los diez años, se entregan a los isleños en unas fiestas especiales, que tienen por objeto dar a los jóvenes de ambos sexos la libertad para sus cópulas y ayuntamientos.

En una tribu de la isla de Madagascar, la de los *sakawes,* las jóvenes se desfloran ellas mismas antes del matrimonio, si es que antes no lo fueron por sus propios padres. Además hay unos curanderos, hombres de gran virilidad, cuyo oficio consiste en recorrer los pueblos ofreciéndose para desflorar a las vírgenes próximas a casarse, por lo que cobran en dinero o especies, que satisface al novio. (Lám. IV.)

Tal costumbre se basa en una delicadeza no carente de lógica. Dicen los *sakawes,* y no les falta razón, que la noche de las nupcias, plena de fiestas, ha de transcurrir feliz para todos, y especialmente para la esposa, que no debe experimentar ningún sufrimiento y menos el lacerante dolor físico de la desfloración y el padecimiento moral del esposo, incapaz de vencer con facilidad la resistencia anatómica de la membrana virginal.

En la India la membrana himen tampoco tiene una importancia capital. Los jóvenes acuden a los templos a desflorarse, sirviéndose del *lingham,* que es una reproducción exacta del miembro viril masculino ejecutada en madera o en cobre. Yo he visto en un templo de Benarés un lingham de oro, cuya cabeza del glande era un valioso rubí.

De mi libro *La sexualidad maldita* extraigo los siguientes fragmentos de un capítulo que se refiere a esta ceremonia:

"El lingham se encuentra colocado verticalmente sobre la base que forman los testículos, surgiendo todo el aparato de una cazoleta que, a la vez, descansa sobre un pedestal, cuya altura no pasa de cincuenta centímetros.

Esta representación de la divinidad fálica tiene entre sus devotos muy diversas aplicaciones. Cuando las mujeres son infecundas o llevan mucho tiempo sin sentir en las entrañas los sublimes dolores de la maternidad, recurren al *lingham,* el cual introducen en sus genitales, procurando llegar al espasmo venéreo por medio de tal masturbación, lo que se considera como prueba indudable de que en el primer contacto que tengan con sus esposos han de quedar fecundadas.

Así mismo es costumbre que las jóvenes que van a casarse pasen antes por el lingham, al que brindan las primicias de su virginidad por medio de una presión brusca, que no tarda en dar al traste con la débil membrana himenal, dejando así al esposo el camino expedito, lo que evitará a los contrayentes tan enojosa molestia.

Por último, la cazoleta de la imagen fálica sirve para recoger las consecuencias más o menos cruentas de estos desgarros, que, mezcladas con aguas del río sagrado, vienen a ser como la panacea maravillosa que cura ciertas dolencias, también más o menos secretas."

Para proceder a la autodesfloración lubrifican la imitación del pene con una grasa perfumada ,y, mientras entonan una letanía a sus divinidades, empujan suavemente el aparato, que después retiran teñido en sangre.

Por otra parte se ha dicho que los antiguos romanos tenían tal concepto de la virginidad, que no dejaban morir a las mujeres sin despojarlas antes de la membrana himenal. Se da un ejemplo de ello en la hija de Sejeón, a la que el verdugo violó antes de estrangularla. A este propósito, Voltaire asegura que si una joven de veinte años, virgen o no, había cometido un crimen capital, era castigada como una antigua casada. "El verdugo—dice—que cometió los dos crímenes abominables de desflorar a una niña de ocho años y estrangularla acto seguido, bien merecía haber vivido bajo el reinado de Tiberio, y de ser su favorito."

La superstición ha conducido a algunos pueblos a conceder las primicias de las vírgenes a los sacerdotes de sus ídolos, o hacer el sacrificio de ellas a los mismos ídolos. En ciertas comarcas de Asia, cuando se casaba el rey, entregaba dinero a un sacerdote para que pasara la primera noche con su mujer.

En la costa de Malabar, el nuevo esposo conduce al brahmán a la que es su prometida, y le ruega que la guarde en su casa, persuadido de que un matrimonio empezado por un sacerdote no puede menos de ser dichoso.

En Oceanía, creyéndose un hombre deshonrado si se casaba con una joven que no hubiera sido desflorada por otro, no era sino a peso de oro como se conseguía encontrar alguno para prevenir al esposo.

En el Thibet, las madres buscan los extranjeros y les ruegan encarecidamente que pongan a sus hijas en estado de contraer matrimonio, lo que sólo se consigue desflorándolas.

Entre los Ouled-Nails de Argelia, las jóvenes más libertinas y

las más desenvueltas son las que se casan con más seguridad. Es costumbre arraigada entre estas gentes que cuando la muchacha llega a los doce años marche a las ciudades europeas de Argelia, donde permanecen dedicadas a la prostitución durante dos o tres años.

A su regreso a la kábila ya llevan el ajuar, adquirido antes de conocer al que ha de ser su esposo, puesto que los padres de la muchacha tienen de antemano concertado el matrimonio con el padre del futuro marido. Las nupcias dan lugar a grandes fiestas, de tanta importancia y duración como dén de sí los ahorros obtenidos por la desposada en su vida anterior en la ciudad.

Se dice que estas mujeres, que ya han pasado por los trances agradables y amargos de la prostitución, no llegan a pervertirse nada más que fisiológicamente, si es que puede admitirse la expresión, puesto que en lo psíquico conservan íntegras las mejores facultades, siendo cariñosas amantes de sus maridos, buenas madres, sumisas y obedientes, reincorporándose de nuevo con toda facilidad a la vida dura y sin derechos de ningún género que han de llevar en la kábila. Es, como si dijéramos, la persistencia a pesar de todo, de la verdadera virginidad espiritual. (Láminas V y VI.)

Entre los salvajes del Brasil, las jóvenes se entregan a sus amantes con la mayor naturalidad del mundo. Ellos son colmados de caricias y agasajos por los padres de la que fué virgen, que ahora queda en libertad de hacer de su sexo cuanto la venga en gana. Pero una vez desposadas permanecen fieles a sus maridos, pues el adulterio sería castigado por ellos con la muerte.

Cuentan los tratadistas que en otras épocas existían en Américas singulares costumbres respecto a este punto. Los pieles rojas de los Estados Unidos transcurrían el primer año de casados sin consumar el matrimonio. La proposición contraria se consideraba en aquel entonces como un insulto a la mujer, pues hubiera podido creer que se había buscado su alianza más por brutalidad que por estima hacia ella. He aquí un concepto romántico del amor entre aquellos indígenas con el que no coinciden los idealistas de nuestro tiempo, que no acaban de comprender hasta donde llega la deficiencia de su orientación en materia sexual, ya que no tienen presente la opinión de su amada en este punto que, por lo general, casi siempre suele ser diametralmente opuesta.

En Nubia se casan los muchachos a la edad de ocho o nueve años, aunque no se empieza la vida marital en tan temprana edad. Para ver si la mujer es virgen, el novio la hace sentar en una silla, mien-

tras una mujer tiene el brazo derecho, otra el izquierdo, y otras dos mantienen los muslos separados. El prometido introduce dos o tres veces el dedo índice en la vulva y guarda en seguida a la joven un año o dos en su casa, hasta que tiene once o doce años próximamente. Entonces procede a dilatarla la vulva introduciendo primero un dedo, después dos, y tantos como sea preciso, repitiendo la maniobra durante algunos días, hasta conseguir la ruptura del himen por medio de esta paulatina dilatación.

Entre ciertas gentes árabes, el matrimonio tiene lugar casi siempre antes de las reglas periódicas. Si la casada tiene nueve o diez años, es desflorada por una matrona, y si cuenta trece, la operación la practica el marido. (Lámina VII.)

Los procedimientos empleados por la matrona son los siguientes: estando presentes las dos madres, introduce en la vagina el dedo índice de la mano derecha, recubierto por un pañuelo. La joven grita mucho, no tanto por el dolor que la producen las manipulaciones y la ruptura del himen, sino porque es de ritual hacerlo así. Seguidamente la matrona retira el dedo y el pañuelo tinto en sangre, que muestra a los parientes, reunidos en una pieza vecina.

Cuando el marido hace la desfloración por sí mismo, efectúa la operación con un dedo. Es necesario advertir que aunque la muchacha no sea virgen, se toman siempre las necesarias precauciones para que lo parezca, haciéndole participar al marido del fraude, si es que existe.

Los cristianos de Egipto desfloran ellos mismos a sus mujeres por el medio natural. La operación se lleva a cabo delante de las dos madres y ante la mujer que acostumbra a limpiar los cabellos de la joven en los baños. Algunas veces, el joven pretende que la muchacha con quien se ha casado no es pura y rehusa entregarse al coito. Las madres procuran persuadirle de que se engaña, pero cuando él insiste, interviene la mujer que la limpia los cabellos, y si sabe que la joven no es virgen, emplea la siguiente estratagema: toma un pañuelo y envuelve en él su dedo índice, pero como tiene las uñas muy largas, procura rozar fuertemente el interior de la vagina, con el fin de provocar una hemorragia, retirando el pañuelo ensangrentado la mayoría de las veces. Entonces se lo muestra al joven y se le dice que está equivocado; pero si insiste en su negativa, las mujeres le injurian, mostrando el pañuelo a todos los asistentes, en cuyo momento, el esposo queda convencido de que se ha casado con una virgen.

Dice el doctor Jaff, que en Constantinopla el turco desflora a su mujer con el pene; mas, como sería impuro mezclar el semen con la sangre que procede del himen, dos matronas se colocan a los lados del marido durante la operación, y, cuando comprenden que ésta va a terminar, le obligan a retirarse y a eyacular fuera.

El doctor Jacobus, notable sexólogo que ha estudiado los caracteres de la raza annamita, dice que sólo ha podido comprobar la presencia de la membrana himen en niñas menores de diez años. A partir de esta edad estima que el velo virginal falta, por regla general, en todas las muchachas, advirtiéndose en los genitales las pruebas indudables de la desfloración. Atribuye el hecho a que son desfloradas por los muchachos de su edad que juegan con ellas, copiando lo que ven hacer a sus padres, dada la promiscuidad en que viven las familias annamitas. Existe un adagio en Annam que dice: "Si queréis encontrar una doncella de doce años, buscadla en una familia donde no haya padre ni hermanos."

Por último, en diversas regiones de la India, las muchachas que llegan a los veinte años de edad en estado virginal, son consideradas como impuras. Se ven obligadas a hacer penitencia diariamente en los templos, ofreciéndose a los extranjeros, quienes al desflorarlas las descargan del peso anatematizador de la impureza. Como puede darse el caso de quedar embarazadas en este primer contacto sexual, inmediatamente después de practicar el coito proceden a un minucioso lavado de los órganos internos, utilizando, generalmente, una solución fuertemente ácida como eficaz contraconceptivo que impide la fecundación.

LAS PRUEBAS DE LA VIRGINIDAD

No existen pruebas.—La medida del cuello.—La prueba de la voz.—El vello del pubis.—La forma de orinar.—Una anécdota.—La prueba del azafrán.—La dilatabilidad del himen.—Corolarios.—Un caso de ausencia congénita.—Otro caso curioso.—Signos fisiológicos de la virginidad.—Relatividad de su importancia.—La efusión de sangre. Teorías de Buffón.

Este título no quiere decir nada: ni el título ni cuantas apreciaciones acerca de este punto se han hecho en todos los tiempos. Antes de seguir adelante, es necesario dejar bien sentado el siguiente principio: ni hay medio de comprobar que la virginidad existe, tanto en su aspecto moral como fisiológico, ni es posible aducir pruebas convincentes para demostrar lo contrario.

Tal afirmación no es gratuita; es el resultado de muchas investigaciones en las que, con rara unanimidad, hemos coincidido todos los autores.

Sólo a título de curiosidad y sin someter los casos a una discusión seria y meditada, puesto que no lo merece, queremos transcribir cuanto se ha escrito acerca del asunto, más digno de ser copiado.

Schurig, en su *Parthenología* del siglo XVIII, da un índice de autores que se dedicaron a estas comprobaciones empíricas y que, por aquel entonces, pudieron servir de base para el análisis de la cuestión.

La antigua costumbre, practicada allá en los tiempos clásicos, de medir el cuello al día siguiente del matrimonio, se empleaba para saber si una joven era o no virgen.

Consistía en medir con una cinta el cuello de la novia antes de entrar en el tálamo nupcial. Si a la mañana siguiente no bastaba aquella cinta para medir el cuello, era señal infalible de que la joven

había perdido su virginidad durante la noche; en caso contrario, se guía siendo virgen, o había sido desflorada con anterioridad. Cátulo alude a esta costumbre, que existe todavía, o ha existido hasta hace poco, en el mediodía de Francia.

Esta prueba puede considerarse lógica hasta cierto punto, ya que se funda en la influencia de la excitación sexual sobre la glándula tiroides, congestionándola. Yo creo que, de todas formas, la congestión del tiroides ocurre exclusivamente mediante la excitación sexual y, por lo tanto, estimo más oportuna la prueba si se realizase en el sentido de averiguar si la mujer había o no experimentado el orgasmo genésico en su primera noche de bodas.

Según algunos—dice Schurig—, la voz, que en la virgen es atiplada, se hace más ronca y más grave después del primer coito. Cita la afirmación de Riolan de que la voz de los aficionados a los placeres venéreos cambia. Por esta razón, los antiguos ataban el pene de sus cantantes, y dice Marcial que los que deseen conservar la voz, deben evitar el coito. Demócrito, que cierto día saludó a una joven con el dictado de *doncella,* se dirigió a la misma joven al día siguiente llamándola *mujer;* y dícese que Alberto el Magno, observando, desde su gabinete, a una joven que iba en busca de vino para su amo, conoció que había tenido en el camino relaciones sexuales, porque, a su regreso, su voz era más fuerte. También en este caso la creencia antigua tiene sólida base, porque, en realidad, las condiciones sexuales afectan a la voz y a la laringe.

Hemos de rechazar de plano esta afirmación. No hace falta ser un lince para comprender que un sólo coito y en tan brevísimo plazo de tiempo, no es posible que pueda introducir ni la más mínima modificación funcional en los órganos vocales.

Otros—añade Schurig—, han creído que el olor cabrío que exhalan los sobacos durante el acto venéreo, es señal nada incierta de desfloración, puesto que se percibe en aquellos que usan mucho de lo venéreo, y no pocas veces en las meretrices y en los recién casados, mientras que, según Hipócrates, no es perceptible en los niños y niñas.

En las vírgenes—observa el mismo autor—, el vello del pubis es largo, pero no ensortijado, mientras que sí lo está en las mujeres acostumbradas al coito. Otros autores añaden que este vello sólo se ensortija después de largos y repetidos coitos. Observadores recientes han notado, podemos añadir, que existe una relación entre la función sexual y el citado vello del pubis de las mujeres.

Un signo al cual atribuían mucha importancia los autores antiguos,

lo facilitaba la corriente urinaria. En *De secretis mulierum,* erróneamente adjudicada a Alberto el Magno, se dice que la virgen puede dirigir el líquido urinario a más altura que la que no lo es. Riolan, tratando de la facilidad con que las vírgenes pueden efectuar la micción en alto, dice que Scaligero había observado que algunas vírgenes emitían el flúido en forma de chorro contra una pared, y que las mujeres casadas rara vez podían hacerlo.

Bonaciolus decía también que la orina de las vírgenes se emitía en forma de delgado chorro y a cierta distancia, con un ruído agudo. La existencia de leyendas acerca de esta influencia la demuestra el cuento que se narra en Picardía, en el que una princesa tenía la costumbre de orinarse en los montones de heno. El rey, su padre, con objeto de quitarle esa costumbre, ofreció su mano a aquél que lograse hacer un montón de heno tan alto que no pudiera ella orinarse encima de él. Presentábanse jóvenes, y la princesa, ejecutando su proeza, se reía de ellos. Por último, se presentó un joven, el cual se dijo que la princesa no podría hacer tales cosas después de haber perdido su virginidad. Por lo tanto, la sedujo primero, y ella, entonces, quedó en ridículo, pues al querer practicar su antigua costumbre no hizo más que mojarse las medias, y, en consecuencia, se casó con él.

Existe, a no dudarlo, una tendencia a que las diversas fases de la vida sexual determinen una influencia en este sentido, aun cuando actúan tan lentamente y con tanta incertidumbre, que no pueden constituir un indicio fidedigno de la presencia o la ausencia de la virginidad.

Otra de las maneras que se tenía antes de comprobar la virginidad, también por medio de la orina, descansa sobre una base psíquica y aparece bajo múltiples formas, reducibles todas ellas al mismo principio. Así nos dicen en *De secretis mulierum,* que para averiguar si una joven ha sido seducida, deben dársele a comer flores espolvoreadas de azafrán, y si ha sido seducida, orinará inmediatamente. Aquí se trata de autosugestión, y puede creerse muy bien que, con jóvenes nerviosas y crédulas, esta prueba ha revelado bastantes veces la verdad.

Otra manera de comprobar la virginidad consiste en la presencia del pudor. Si una mujer se ruboriza, su virtud está entera. De este modo es como dicen que las mujeres que ya tienen experiencia del lecho conyugal sorprenden a las que son vírgenes. Los ojos de la virgen miran hacia abajo y están casi inmóviles, mientras los de aquellas que ya han conocido a un varón, están alegres y brillantes. Pero este signo—dice Schurig—es equívoco, porque las jóvenes son

muy diferentes unas de otras, y pueden aparentar un pudor que están muy lejos de sentir. Sin embargo, también esta indicación se funda en bases psicológicas perfectamente sanas.

Después de habernos referido a los signos de la virginidad según la opinión de los antiguos tratadistas, y que como se ve muy poca o ninguna luz arroja sobre el problema, queremos referirnos al concepto moderno, que, sobre poco más o menos, es bien poco lo que difiere del concepto ancestral.

La presencia del himen entre los pequeños labios de la vulva no es garantía absoluta de virginidad *moral*, aunque suponga una prueba de integridad *fisiológica*.

Su dilatabilidad es tan enorme, que se han registrado casos de persistir íntegra la membrana aun después de que la mujer haya tenido dos partos. Y mucho menos frecuente es encontrarla intacta incluso en prostitutas que ejercen un abundante comercio carnal, como ya hemos dicho.

Se ha citado el caso de una prostituta que padecía un *condiloma sifilítico*, cuyo himen no había sido roto jamás. Puede ser el himen de tipo flexible o plegable, de suerte que pueda verificarse una penetración completa, y, sin embargo, aparecer después intacto, como sucede frecuentemente en muchos casos hasta el momento del parto.

En alguno, aunque no en todos estos casos, hubo embarazo sin intromisión del pene. Esto ha ocurrido aun siendo excesivamente diminuta la entrada.

En uno de estos casos, el himen de la mujer embarazada apenas admitía el paso de un cabello.

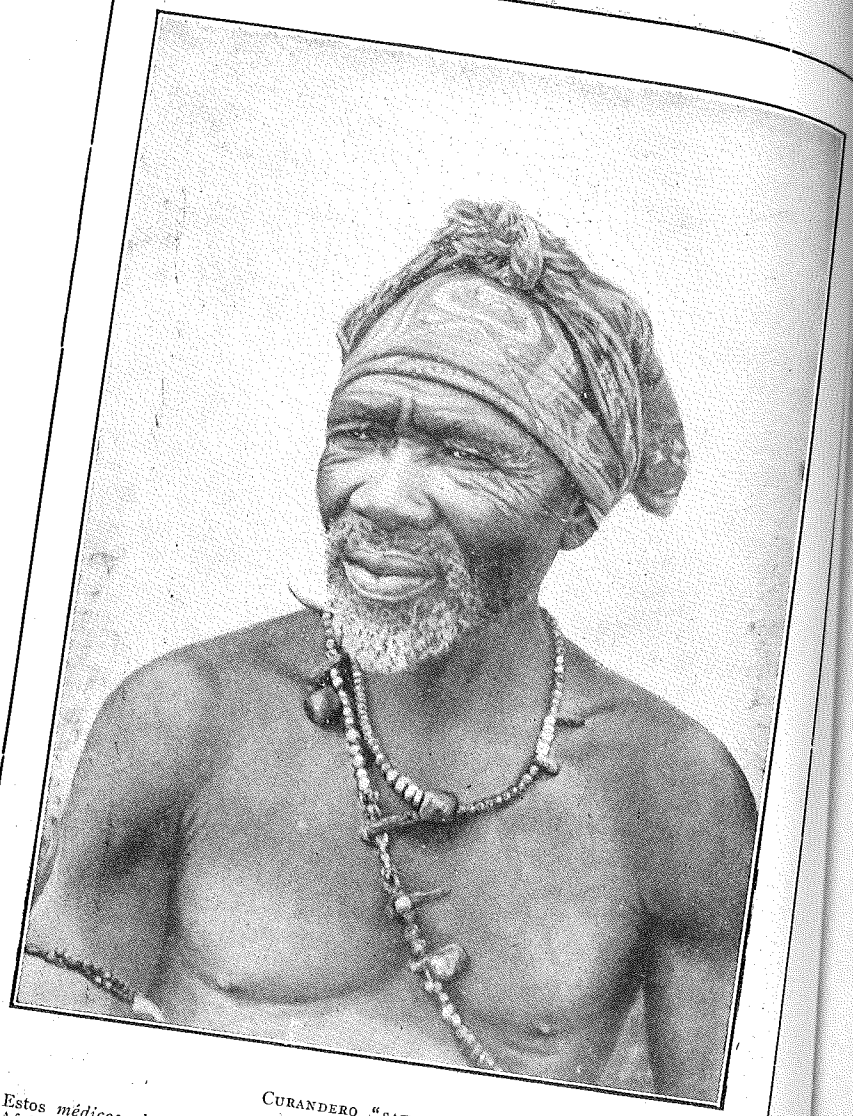
De todo lo dicho anteriormente podemos extraer los siguientes corolarios:

Primero. Que una mujer puede ser completamente virgen pese a la ausencia congénita de la membrana himenal.

Segundo. Que la membrana es a veces tan dilatable, que permite la intromisión de objetos voluminosos sin que sufra alteración alguna en su estructura.

Tercero. Que su dilatabilidad puede llegar al extremo de que dos partos, a más de muy repetidos ayuntamientos carnales, no son capaces de destruirla.

Cuarto. Que, por el contrario, su destrucción más completa puede ser ocasionada a consecuencia de un salto, de un golpe, un mal paso, durante la menstruación, al lavarse los genitales, al secárselos,



CURANDERO "SAKAWE"

Estos *médicos*, de la isla Madagascar, que también actúan en otras regiones del África Oriental, recorren los poblados ofreciendo sus servicios como desfloradores de las doncellas que van a contraer matrimonio. Entre estas gentes, la posesión de la membrana himen se considera, si no como una deshonra, al menos como un inconveniente enojoso que es preciso eliminar antes del matrimonio.

LAMINA IV

sidera, sin que la virgen se haya dado cuenta de la rotura, por ausencia de dolor, de huellas sangrientas, etc.

Quinto. Que las causas más frecuentes de rotura de la membrana himenal tienen su origen en la masturbación, aunque excesivos manejos masturbadores, incluso practicados con objetos voluminosos, pueden sucederse sin que sobrevenga la rotura. Y

Sexto. Que la inmensa mayoría de las mujeres desconocen casi en absoluto la topografía anatómica y la estructura de sus genitales, siendo incapaces, por ignorancia exclusivamente, de negar o afirmar lealmente la posesión de su membrana himenal.

Pudiéramos llenar de corolarios de esa índole un volumen entero, pero siempre dando vueltas dentro de un círculo vicioso que nos llevaría a la desesperación.

Aseguro formalmente, aunque la afirmación no deja de ser pueril, que la mujer, exclusivamente la mujer, no concede a este detalle una importancia exagerada si tiene en su conciencia la tranquilidad de que jamás la poseyó hombre alguno. En caso contrario, si esto llega a suceder y las circunstancias de la vida vienen a depararla otro novio o un amante exigente, entonces es cuando, sólo por miedo a que la verdad se sepa, recurren a todos los medios imaginables para tratar de restituir ese detalle de importancia trascendental en el primer acto sexual a realizar con el prometido, y del que, en la mayoría de los casos, dependerá su felicidad futura.

Es el hombre el que exige, el que impone el *tabú* u otorga el *totem*. Y entonces es cuando se le engaña lindamente y sin gran esfuerzo.

Y echemos mano de la casuística.

En cierta ocasión fuí requerido, en ausencia del forense titular, por el juez de X... para que dictaminase en un reconocimiento solicitado por una señora que la noche anterior llegó a la ciudad con su esposo en viaje de bodas.

Aquella misma noche, la que hubiera de ser la más feliz, fué la más desdichada. El marido, después de los transportes preliminares y vencida la resistencia natural de la desposada, practicó ciertos toques antes de iniciar el acto lógico y noble de la total posesión. Pero acaso por la facilidad con que logró introducir un dedo en el seno vaginal o por la resistencia anímica de la joven, disimulada con risas, débiles negativas a los toques y exhortaciones a que la poseyera brevemente, por lo que fuese, en fin, una sospecha espantosa se apoderó del pensamiento del marido:

—¡Tú estás deshonrada!

Y estalló la tragedia. Llantos y protestas de ella; insultos brutales por parte de él. Y a la mañana siguiente, la ultrajada, firmemente segura de su pureza, que se dirige al juez.

Para resumir, copio parte del dictamen médicolegal: "...Aunque es casi imposible emitir un dictamen fundamentado en indiscutibles bases científicas en estos casos concretos, el presente excluye en absoluto toda posibilidad de error, puesto que verificado un detenido examen de los órganos genitales de la señora R..., ni en las ninfas, ni en la zona correspondiente al surco ninfohimenal o base de implantación sobre la mucosa vaginal, se advierte la presencia de las carúnculas mirtiformes, vegetaciones o crestas mucosas, como resíduos típicos de la membrana himenal. Explorada la cavidad vaginal tampoco se aprecian restos de dicha membrana, cuya implantación, aunque raramente observada, hubiera sido posible. Por lo tanto, como conclusión definitiva afirmo y certifico que es un caso de aplaxia himenal, o falta congénita de la membrana himen."

Ignoro cómo se resolvería el caso citado; pero indudablemente, pese a la falta de ese detalle, yo no hubiera titubeado en poner las manos en el fuego, como vulgarmente se dice, por el honor inmaculado de aquella infortunada mujer.

La interrogué acerca de la aplaxia observada. Y, como supuse, aunque perteneciente a una distinguida familia, me demostró el desconocimiento más completo del caso y la más lamentable incultura sexual, característica de nuestras mujeres.

Otro caso. En cierto pueblo, la hija de un rico propietario quedó embarazada de un individuo, que, cometida la fechoría, puso el Atlántico de por medio. Surgió el tabú. La deshonra, el decir de las gentes, las tradiciones de la familia, y todo ese cúmulo de prejuicios como secuela característica.

Tres meses llevaba el feto en el seno materno cuando a los padres se les ocurrió "evitar la deshonra", casando a la muchacha con un criado de la casa.

Celebróse la boda con todo el atuendo posible, sin que nadie sospechase la verdad, a excepción del médico del lugar, buen amigo mío, que me refirió el caso. Pero lo más curioso es que, tres o cuatro días después de las nupcias, los esposos se presentaron en la consulta de mi amigo, donde el hombre, muy compungido, manifestó que le había sido imposible cumplir con sus deberes de esposo.

En efecto, la muchacha, *a pesar de todo,* presentaba intacta su membrana himenal, de naturaleza tan resistente, que persistió a cuantas tentativas ejecutó el *editor responsable* de lo que seis meses más tarde saldría a la luz pública. Una simple intervención del bisturí, y la cosa quedó solucionada.

¿Cómo es posible?—se preguntará el lector—Pues porque el miembro viril fecundador era, indudablemente, más delgado que el del legítimo esposo, quién, por un tanto de delicadeza y otro tanto de temor, encomendó al médico la simple tarea que él, prudentemente, rehusó practicar.

Supongo que con la exposición de los casos anteriores, tomados al azar, por decirlo así, entre los múltiples que podría referir, habrá más que suficiente para que el lector sensato comprenda, sin necesidad de más exposiciones, hasta donde puede llegar la importancia que debe concederse al himen como garantía de virginidad, al menos, en el cincuenta por ciento de los casos.

Además, mientras el problema de la educación sexual continúe en pie, sin resolverse, sin que se le preste la atención que merece, seria y ordenada, la mujer, más sensible que el hombre, más perspicaz e inteligente también, condenada a ostentar el pabellón de su pureza, simbolizado exclusivamente en ese detalle anatómico, no desdeñará medios para encontrar habilísimos artilugios suficientes para sustituír con ventaja lo que perdió en un momento que siempre hubo de ser doloroso, sucio y triste...

Desde el punto de vista fisiológico, los signos de la virginidad son los siguientes: los grandes labios se encuentran plegados y extendidos, y sus superficies externas, generalmente tersas, recubiertas de vello. Los bordes aparecen flotantes y redondeados y las superficies internas muy rojas y recubriendo los pequeños labios.

Ahora bien: hay que convenir en que todos estos caracteres no se registran siempre, porque la edad, ciertas enfermedades, las maniobras masturbadoras, etc., son bastantes para operar diferentes modificaciones en su estructura, relajando esas partes o decolorándolas sin que existan señales de desfloración. Por otra parte, aunque haya tratadistas que concedan una importancia primordial a los caracteres reseñados, creo, sinceramente, que una joven puede permitirse ciertas intimidades, por ejemplo, las que admiten las formas modernas del *flirt,* sin que sea posible observar el signo más nimio.

En cuanto a los pequeños labios, el panorama diagnóstico puede variar un tanto, pero, hay que advertirlo, nunca hasta el punto de permitir la negación o la afirmación en un sentido o en otro. General-

mente, en las vírgenes suelen ser firmes, elásticos y sensibles. Des-
nados a favorecer la dilatación de la vulva en la cópula y en e
parto, es difícil que se opere una completa involución en sus dimensi
nes primitivas, cuando han desempeñado las funciones referida
Luego los contactos sexuales, los partos y las enfermedades, es ev
dente que producen en ellos una flacidez típica muy difícil de rem
diar.

En cuanto al himen, siguiendo el orden de situación de las distin
tas partes genitales, ya hemos dicho bastante, aunque volveremos a
estudiar su importancia analizándolo desde el punto de vista moral

El clítoris de las vírgenes que no se han masturbado está recu
bierto por su prepucio, pero en las mujeres que conocen ese vicio y
el ayuntamiento normal, el glande clitoridiano es más saliente y su
capucha sólo le cubre imperfectamente.

En las mujeres completamente castas, la piel de su cuerpo dice
que está tersa, elástica y fresca; los pezones son erectos y rosados y
muy sensibles a la más leve caricia.

Otro signo admitido como de cierta virginidad y que es preciso
desterrar en tan alto valor, es la efusión de sangre. Esta sangre, que en
la mayoría de los casos procede, en efecto, de la membrana desgarra-
da, puede ser consecuencia de la distensión de los tejidos de la
vagina en virtud de su penetración por un miembro viril voluminoso.
Conozco el caso de una viuda que a la noche siguiente de sus segun-
das nupcias tuvo necesidad de recabar los auxilios de la ciencia ante
una fuerte hemorragia provocada por el pene, completamente nor-
mal, de su esposo. En este caso, parece ser que se operó cierto grado
de involución en los tejidos del canal vaginal, o que el órgano viril
de su primer esposo era bastante reducido de volumen.

Buffón, en uno de sus libros, asegura que en las muchachas que
no han llegado a la pubertad, esto es, a la edad menstrual, no hay efu-
sión de sangre, con tal de que no exista una desproporción exagerada
que obligue al hombre a realizar esfuerzos muy bruscos. Añade que
las muchachas púberes que están delgadas y padecen de flujo blanco,
carecen en absoluto de hemorragia consecutiva de la ruptura himenal.
Lo que en efecto prueba—dice—que la efusión de sangre no es sino
una apariencia engañosa, y que hasta se repite muchas veces después
de intervalos considerables. A veces—añade—, ocurre que algunas
jóvenes que habían tenido más de una debilidad, no han dejado de dar
a sus maridos esa prueba de virginidad, sin otro artificio que el de
haber renunciado, durante algún tiempo, a su comercio ilícito.

La teoría de Buffón me parece demasiado optimista, a pesar de todo. No existiendo una desproporción notable entre el pene y el canal vaginal, no es frecuente que tales accidentes ocurran. Cuando Buffón dice que la efusión "se repite muchas veces", hay que suponer que el tamaño del miembro masculino no aumente en relación directa con el volumen de esos "intervalos considerables", lo que, aunque lo afirme Buffón, parece completamente inadmisible.

El hecho de que el supuesto primer contacto sexual con una mujer parezca difícil a un hombre en virtud de la escasa penetrabilidad de la vagina, tampoco es garantía de virginidad. Una mujer puede hacer de sus músculos vestibulares una especie de tenaza, oprimiendo con ella el pene con tal fuerza que casi imposibilite la penetración. El resto de la comedia lo constituye un grito oportuno.

Por el contrario, cuando la secreción de las glándulas vestibulares ha lubrificado la vagina abundantemente, la penetración se efectúa con verdadera facilidad, sin que la virgen auténtica, pero falta de himen, note ningún dolor ante la dilatación.

LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA VIRGINIDAD

El dictamen de dos matronas.—La matrona moderna.—La virginidad y la magia.—Signos que no dicen nada.—Dos vírgenes distintas.—El juicio de Esopo.—Un método infalible para conservar la virginidad.—El oráculo de Faraón.—El caso Nocati.—Las gotas de sangre.—La leche.—Hombres que amamantan a sus hijos.—La virgen nodriza.—Investigación psicológica.—Las vírgenes que no encuentran marido.

En el siglo XVII, las matronas juradas de la ciudad de París estaban encargadas de emitir los informes para comprobar la violación. He aquí uno de esos informes, hecho en 1762, y dirigido al Preboste de la ciudad:

"Nos, Marie-Christophelette Roine y Jeanna Portepoullet, matronas juradas de la ciudad de París, certificamos a cuantos pertenezca que el día 22 de octubre del año actual, en virtud de una orden de M. el Preboste de París, fecha 15 del referido mes, nos hemos trasladado a la calle Dampierre, a la casa que está situada al oeste de la llamada de Eau-d'Argent, a una callejuela entre ambas, donde hemos visto y visitado a Olive Tisserand, de edad de treinta años próximamente, sobre la queja presentada a la justicia contra Jacques Mudart, paisano de la ciudad de Roche-sur-Mer, del que dice haber sido forzada y violada, y visto y visitado con la vista y digitalmente, hemos encontrado que tiene:

Las mamas desviadas y la garganta señalada.
El hueso pubis o Bertrand, magullado.
El vello, ensortijado.
El periné, arrugado.
La naturaleza de la mujer que lo puede todo, debilitada.

Los labios mayores, colgantes.
Los bordes de los labios, sin vello.
Las ninfas, caídas.
Las carúnculas, desplazadas.
Rotas las cuerdas que ligan unas a otras las membranas de las carúnculas.
El clítoris, caído.
El cuello de la matriz, hundido.
El conducto del pudor, dilatado.
El orificio interno de la matriz, abierto.
El himen, retirado.

Visto y reconocido todo esto, parte por parte hemos encontrado que había señales de... y así nosotras, las matronas, certificamos a vos ser veraces en el juramento que, ante M. el Preboste, hemos formulado en la referida ciudad.

Fechado en París, el 25 de octubre de 1762."

Tal es el informe. Pero, a mi juicio, creo que falta un detalle esencialísimo en tan brillante pieza informativa: a las matronas ha debido olvidárseles decir, como conclusión final, que el cuerpo de la reconocida se hallaba en un avanzadísimo estado de descomposición cadavérica, pudiendo afirmar que la muerte ocurrió el mismo día de tan feroz violación.

Del informe copiado, se desprende un hecho irrefutable: que las matronas hacen un reconocimiento para comprobar una violación y ese punto fundamental queda en las más impenetrables tinieblas, extendiéndose, en cambio, en amplias consideraciones forenses, que evidencian, exclusivamente, que la reconocida había mantenido hasta la fecha un bizarro comercio carnal, hasta el extremo de encontrar "el hueso pubis o Bertrand, magullado".

Adviértase un solo detalle que, hasta cierto punto, puede servir de signo de la violación: "la garganta, señalada". Pero si no hay ningún dato más valioso, desde aquí podemos afirmar que ello es bien poco para dictar una sentencia condenatoria contra el pobre diablo, que apenas si logró otra cosa que un remedo de contacto carnal con una pobre mujer cuyos órganos genitales revelaban, en su estado tan lamentable, haber servido de piedra de toque de la tensión erótica de toda la guarnición de París durante algunos años seguidos...

Además, no es de elogiar, ciertamente, la actividad de las matronas citadas puestas al servicio de la justicia; desde que el Preboste

las notificó la orden de la diligencia hasta que la realizaron, transcurrieron ocho días, tiempo suficiente para que, de haberse tratado de una virgen, no quedasen muy claras huellas de los desgarros himenales ni de otras lesiones interiores, ya que éstas, a menos que sobrevenga una infección, tardan bien poco tiempo en desaparecer, como veremos que dice Pinay más adelante.

Claro es que de la matrona de aquellos tiempos a la que hoy se ha convertido en eficaz y abnegada colaboradora del médico, media un abismo.

Las matronas, a quienes la práctica ha erigido, al menos en el sentimiento popular, en árbitros de la virginidad de las doncellas y de la castidad de las mujeres, pueden hacer bastante luz sobre esta materia para poder resolver en consecuencia. La anatomía no aclara lo que ellas no pongan a la luz del día, para informar justa y acertadamente en lo que es causa del crédito, la reputación y el honor de las jóvenes y de las mujeres, de la justificación de un marido y hasta del bienestar de la sociedad humana.

La matrona es capaz de comprobar minuciosamente todos los signos de la virginidad, cuando se trata de conservar el honor de las muchachas que se prestan a su reconocimiento, lo mismo que posee facultades sobradas para confundir a aquellas que pretenden engañarla e intentan conservar ese atributo que ya no existe.

Yo no me detendré a analizar la importancia de los signos exteriores de que se servían los antiguos para diagnosticar sobre la virginidad. El oráculo del dios Pan, la insensibilidad al fuego, las aguas amargas de los hebreos, el humo de algunas plantas y de ciertas piedras, y, en fin, la medida de la garganta de la muchacha, son signos demasiado inciertos, al menos en la actualidad, para formar una base concluyente de orientación. La dureza de los pechos, el color de los pezones y el carmín que el pudor pone en las mejillas de las vírgenes, no son datos más dignos de confianza que los anteriores.

La virginidad es muy difícil de reconocer, aunque parezca increíble: además, existen numerosos artificios capaces de persuadir a un profano de la castidad de una doncella. Cuando nos vemos obligados a investigar en un caso particular, a fin de escoger una mujer virgen, yo creo que lo más prudente es rechazar el encargo. El vello ensortijado de los órganos, el canal vaginal muy húmedo y dilatado, las ninfas lacias y decoloradas, la ausencia del himen, el orificio interno de la matriz dilatado, la voz fuerte, etc., constituyen

un cúmulo de datos que, a pesar de todo, no suponen nada suficiente para decir que una mujer, en tales condiciones, ha disfrutado de los placeres sexuales.

Las muchachas que montan a caballo a la italiana, las que comienzan a tener sus reglas, las que padecen una enfermedad antigua y, en fin, las que, naturalmente, carecen de himen, de membranas, de carúnculas mirtiformes, etc., no son menos castas ni menos púdicas que aquellas que presentan íntegros los caracteres indicados, que son, corrientemente, los que la tradicción y el vulgo han elegido para acreditar la virginidad. Esa sirvienta de Aquapendante, la cual dice que no pudo ser desflorada por todos sus discípulos, y otra joven, hija de un orfebre de París, citada por Paré, que quedó embarazada sin que su membrana himen fuese rota, no son más virgenes la una que la otra, aunque ambas, sin duda alguna, presentan intactas las barreras anatómicas de la virginidad.

Riolan y Pinay, dos célebres anatomistas franceses, dijeron hace muchos años que en todo lo que abarca la ciencia médica, no hay nada más difícil de conocer que la virginidad, y que, después de todo, es casi imposible encontrar signos ciertos de garantía. No es un aspecto que se ofrezca propicio a la prosperidad de una industria ni a los artificios o invenciones que una joven quiera intentar para disimular la pérdida que sufrió una vez para siempre.

Decía un rey, que si es imposible conocer en la mar el camino que sigue un navío, en el aire el de un águila y en las rocas el de una serpiente, es más imposible aún describir el camino que va a hacer un hombre cuando se dispone a amar a una mujer.

Si Esopo no era capaz de responder de la virginidad de una hija suya, que constantemente tenía delante de los ojos, ¿cómo es posible asegurar con certeza aquello que sólo podemos ver muy raramente?...

El mejor procedimiento para conservar la integridad de las jóvenes y asegurarse completamente de que no existirán probalidades de insubordinación, estribaría en coserlas sus partes naturales pocas horas después de nacer, como se hace entre ciertos indígenas africanos. Pero hasta que esta costumbre no sea adoptada por nosotros, sólo la educación, la castidad y el pudor serán capaces de oponerse a los caprichos del amor, que la naturaleza, la salud y la euforia juvenil se encargan de estimular en todos los momentos para que resulte tan difícil conservar la virginidad, que es como un don del cielo que Dios entregó sólo a aquéllas que El quiso.

El oráculo que Faraón, rey de Egipto, interrogó para buscar un remedio a su ceguera, le respondió que, para conseguir la curación total, había de lavarse los ojos con la orina de una virgen o de una mujer que quedase satisfecha con una sola caricia de su marido. Este remedio no pudo encontrarlo en su casa; y si la hija de un jardinero no se lo hubiese facilitado, hubiera estado mucho tiempo sin recobrar la vista, porque la castidad y la virginidad eran entonces virtudes bastantes raras entre las mujeres egipcias.

Ya hemos dicho, fundándonos tanto en experiencias propias como en autorizadísimos testimonios ajenos, que es muy difícil conocer la virginidad presente; pero es cierto que tampoco hay signos ni sirven conjeturas para cerciorarse de la virginidad ausente.

Hay tratadistas que admiten un hecho indudable, como prueba de la pérdida reciente de una virginidad: y es que, dicen, que la mujer, al andar, echa el pie de una forma tal, que a menos de que ella no se observe detenidamente, no se apercibirá que va revelando su conducta. Añaden, además, que si la desflorada atiende durante algún tiempo a estudiar estas supuestas pruebas de su desfloración, pronto hará que todo parezca natural en ella, sin miedo a provocar la menor sospecha, y hasta en sus órganos se operará una regresión que será bastante para que no haya nadie capaz de asegurar que alguna vez gozó de los placeres sexuales.

La naturaleza, por una parte, trabaja incesantemente para restablecer la estructura de las partes divididas o relajadas. Por otro lado, ciertos artificios operan en los órganos genitales una reducción bastante notable, capaz de sorprender a cualquier hombre, por sagaz que pretenda ser, y muy difícilmente descubrirá la superchería.

Pero es incomparablemente más difícil establecer un juicio seguro sobre una mujer de veinticinco años, por ejemplo, que ha pasado varias noches entre los brazos de un hombre escasamente dotado en sus partes naturales, y, por lo tanto, será de todo punto imposible advertir la más mínima señal del contacto, aunque éste haya sido perfecto y haya procurado a ambos los más completos deleites; o, aunque los repetidos actos se hubiesen efectuado sin la voluntad de ella, incluso con la concurrencia de todas las características de otras tantas violaciones, sin que la mujer haya experimentado deleite alguno; será imposible también decir que existe desfloración, ya que los signos de la integridad anatómica no ofrecen al observador modificación alguna. En todo caso, por poco desvergonzada que la muchacha sea, hará como la mujer de que hablaba Salomón, que se la-

vaba la boca después de haber comido para, acto seguido, jurar solemnemente que no comió nada.

El examen que debe hacerse de los genitales masculinos en esta ocasión, puede ofrecer datos de la máxima importancia para descubrir si es cierta la violación de que algunas muchachas hayan podido acusar a individuos inocentes.

Por el contrario, conocido es el caso de María Francisca Oismode, cuyo honor fué puesto en solfa entre la aristocracia de Roma, debido a la ligereza cometida por Etienne Nocati, al decir que había recibido de ella determinados favores. María Francisca entonces, con tanta serenidad como valentía, no titubeó en someterse al examen de los jueces. En efecto, se comprobó que el anillo vulvar de la acusada servía de base a una membrana himenal de orificio muy reducido, mientras que el "caballero" Nocati ostentaba un miembro viril de dimensiones más que regulares.

Aún se cree que la sangre de la primera noche de bodas, y la presencia de unas gotas de leche en los pezones, son los signos manifiestos de la pérdida de la virginidad de una muchacha. Por eso Moisés ordena a los judíos que guarden cuidadosamente las sábanas en que por primera vez duerme un matrimonio, con objeto de que los convecinos conozcan el estado de pureza de la desposada, y, además, para que cualquier día pudiera servirla de testimonio irrefutable en el caso de que su marido pudiera tener alguna duda.

En cuanto a la presencia de la leche, es una prueba inadmisible, puesto que sólo se advierte cuando el embarazo ha empezado. No obstante, hay casos excepcionales, pero tan poco frecuentes, que pueden acreditarse como de verdaderamente raros.

Por otra parte, ni la sangre ni la leche son datos estimables para opinar siquiera sobre la virtud de una joven: una muchacha fuerte y vigorosa, casada con un hombre de naturaleza débil, es fácil que se entregue a su marido sin sufrir esa hemorragia patentizadora de su integridad física, ni experimentar dolor ni molestia alguna ante la penetración de un miembro viril que pueda ser pequeño. Del mismo modo, otra que sufra una fuerte hemorragia en el primer contacto sexual, es fácil que haya cohabitado con anterioridad abundantes veces, incluso sufriendo alguna pérdida de sangre.

En cuanto a la segunda parte de tan arriesgada creencia, diremos que si la sangre de las reglas cesa en una joven, esta sangre se remonta a los pechos y se convierte en leche, según la opinión de Hipócrates. Benoit habla de una mujer que siendo estéril toda la vida,

dió esas pruebas de prostitución aún siendo niña, si es que vamos a admitir que la presencia de la leche es un signo de garantía de una conducta deshonesta. Pero nada de particular tendrá tan pintoresco caso si sabemos que el mismo Benoit refiere que ha conocido tres casos de hombres bien constituídos y perfectamente viriles, en cuyos pechos comprobó la presencia de una secreción semejante a la leche de la mujer.

En el Africa Oriental, cerca de la colonia portuguesa de Mozambique, si hemos de dar crédito a las aseveraciones de algunos autores, diremos que muchos hombres amamantan a sus hijos con esta secreción que, por lo visto, resulta perfectamente nutritiva.

El doctor Venette dice que durante cuatro años convivió en París con un médico apellidado Roénette, de treinta y cinco años de edad, de temperamento sanguíneo, el cual, cuando se oprimía el pecho y el pezón, hacía salir hasta dos cucharadas de un humor blanquecino y lechoso, que sin duda hubiera podido servir para nutrir a un lactante.

Teófilo Bonnet también refiere varias historias de hombres y de doncellas que tenían secreción láctea, y el mismo Venette cita la famosa historia que cualquier viajero puede escuchar de labios de los sencillos habitantes de La Rochelle.

La historia es la siguiente:

En el año de 1670, Mme. la Perére, hija de M. Desperance, capitán del fuerte de la Point-du-Sable en la isla de San Cristóbal, se vió precisada a embarcar para Francia en el mes de abril, a fin de librarse de los desórdenes de una guerra que se avecinaba entre los franceses e ingleses que habitaban la isla.

En el viaje la acompañaron tres mujeres negras que tenía a su servicio, una ya vieja, otra de treinta años y otra de diez y siete, a la que recogió siendo muy niña. Mme. la Perére, que tenía una nena de dos meses, a la que amamantaba una nodriza negra, se embarcó con tanta precipitación llevando a su hija en los brazos, que no advirtió la ausencia de la nodriza, la cual, por otra parte, la había prometido encontrarse a bordo para cuando su señora embarcase. Cuando el barco hubo desplegado velas, se enteró de que la negra se había quedado voluntariamente en tierra.

La madre, que no tenía leche, se vió obligada a alimentar a su hijita con una sopa hecha a base de galleta, azúcar y agua, pero el crío se negó bien pronto a tomar la mixtura, empezando a desmejorar.

Alguien aconsejó a la madre que pusiese a la niña al pecho de la

joven negrita y, en efecto, así se logró hacerla callar, pues lloraba a todas horas amargamente.

Dos días estuvo la pequeña succionando estérilmente: pero al tercero, cual no sería la sorpresa de todos al comprobar que la criatura mamaba una leche de perfecta calidad, segregada por los pechos de la virgen negra.

Después de dos meses de travesía, la señora llegó a La Rochelle con su hija sana y gruesa, a la que nueve meses más tarde destetaron en el más completo estado de buena salud. Tal es la famosa historia que se narra en la Rochelle todavía, a pesar de los años transcurridos.

¿Luego es posible fundar la ausencia de la virginidad ateniéndose al caso relatado?...

En un caso de violación, teniendo en cuenta cuanto hemos referido, veremos que esos signos son equívocos e inciertos, a menos que recurramos a las conjeturas o pruebas bien evidentes, como sucede a los jurisconsultos, que han de verse obligados a investigar en los más minuciosos detalles y pruebas antes de juzgar el honor de una muchacha.

Los magistrados han de observar hasta las miradas, las sonrisas, las familiaridades, los hábitos, etc., tratando de profundizar en los aspectos de índole exclusivamente moral más íntimos de la vida de los protagonistas, para enjuiciar con posibilidades de éxito. Y, a pesar de todo, es lo más seguro que jamás puedan saber la verdad...

Pinay habla del caso de una mujer que, a pesar de estar embarazada, presentaba todas las características de la virginidad, y eso que quedó encinta después de varios coitos. Dice también que a menos que una muchacha no sea hallada entre los brazos de un hombre, y que, además, se la examine en el mismo instante, no es posible hallar otro medio irrecusable de conocer la desfloración. Si se deja transcurrir—añade—cierto tiempo, todos los signos que antes la acusaban habrán desaparecido, y nadie osará, a menos de ser tachado de injusto, de afirmar que está deshonrada.

A medida que se desciende en la escala de la civilización, estas investigaciones para comprobar la presencia o la ausencia de la virginidad, aportan siempre, en esos criterios herméticos, las más incontrastables pruebas. Naturalmente, para un hombre civilizado, y más aún para un clínico, el volumen de tales injusticias ha de ser verdaderamente abrumador.

Entre los tibetanos, como ya hemos dicho, la presencia de la

membrana himen en una muchacha, constituye una dificultad insuperable para encontrar marido. Cuando el futuro contrayente no se convence con los testimonios del mismo desflorador, se recurre a un método infalible para comprobar la sinceridad de las palabras de la joven. Para ello se utiliza un vástago de madera de veinticinco centímetros de longitud por cuatro de grueso, que la novia ha de introducirse en la vagina varias veces con la mayor celeridad posible.

Esta operación se practica en público. El vástago ha de entrar y salir de la vagina sin la menor mancha de sangre, y cuando esto no ocurre, los padres de la muchacha han de pagar una multa cuya cuantía fija el más anciano de la tribu, repartiéndose por mitad entre el árbitro y los padres del novio. En tal caso, ya se considera a la joven perfectamente desflorada y apta para contraer matrimonio, desapareciendo de la familia el tabú de deshonra que suponía pretender matrimoniar a una hija virgen.

Algo parecido ocurre entre los indígenas del Alto Nilo. Estos no toleran que la desfloración la haya ejecutado otro hombre, pero sí obligan a la muchacha a que ella sola se desgarre la membrana himenal utilizando los procedimientos que estime más convenientes, en presencia de su madre y la de su prometido.

En esta costumbre, existe un motivo que no deja de ser simpático: y es que el hombre se consideraría deshonrado si la primera noche de sus nupcias produjese a la esposa lesiones dolorosas y sangrientas, ya que aspiran a que la felicidad sea un hecho desde el primer momento.

EL DERECHO DE DESFLORACION

Un poco de historia.—El derecho de pernada.—Insubordinaciones de los vasallos.—Fórmulas de arreglo.—El rescate del derecho.—Un marido que se cobra.—La intervención de los papas.—Una humorada de Montaigne.—Los eclesiásticos picardos.—La estratagema de un señor.—Vírgenes morales.—Las pruebas entre la aristocracia.—Costumbres pintorescas.—Las «noches de prueba».—La infibulación.—Procedimiento operatorio.—Las circasianas.

El doctor Jaff, en su acabado estudio sobre la virginidad, se refiere a las costumbres de los tiempos medioevales en los que los señores feudales ejercitaban todos los derechos concedidos por las leyes que ellos mismos instituyeron. Uno de estos derechos era el de desfloración, establecido en Francia en la Edad Media según unos, y con bastante anterioridad según otros.

El punto de partida de tan feroz ley se contenía en las siguientes frases, que revelan la moral de aquellos tiempos: "Un hombre que usurpara el poder sin límites sobre la vida y los bienes de todos sus súbditos, puede también yacer con sus hijas."

Los tratadistas de los pasados siglos que han escrito de los asuntos feudales, se han ocupado raramente del derecho de pernada, porque la mayoría de aquellas gentes acataban el feudalismo en todos sus aspectos, no pudiendo admitir en los pueblos cristianos ese privilegio del señor sobre todas las jóvenes de sus dominios.

En los comienzos del siglo XVII el derecho del señor no estaba aún abolido en toda Francia; muchos señores lo ostentaban en la enumeración de sus títulos, bajo el nombre de derecho de pernada de primera noche de bodas, o de recoger el fruto. En España no tardó mucho tiempo en imitarse esta conducta de los feudales franceses, aunque, como en Francia, los autores de aquella época no se ocuparon

de hacer un acopio de datos en este aspecto histórico de la civilización de esa época.

Los señores apreciaban en mucho el derecho de pernada y no lo perdonaban en su uso cuando las aldeanas eran bonitas. En Auvernia, muchos vasallos se quejaron por ello contra sus señores feudales, y, en lo sucesivo, se prohibió al señor pasar la noche de bodas con sus vasallos, permitiéndole tan sólo entrar un muslo desnudo en el lecho de los recién casados y pasar un cuarto de hora a solas con las desposadas.

En el Piamonte, los villanos se insubordinaron, dando lugar a que los señores aceptasen ciertos arreglos. Por ejemplo, en algunos señoríos, en los que el señor pasaba tres noches con la recién casada, se convino en que no pasaría más que una; en otros, en que el señor sólo tenía la primera noche, no se le concedió más que una hora; en otros, en que el recién casado estaba obligado a una salida, como para ir a comprar algún objeto a la ciudad vecina, o de hacer, bien o mal, un par de zapatos, o a cortar doce haces de leña en un bosque lejano, etcétera, todo durante la noche que su mujer pasaba con el señor, se suprimió la salida y se permitió al aldeano permanecer a su puerta, donde podía oir si se ocupaban de él. Hay que observar que las mujeres de los siervos y de los vasallos jamás tomaban parte en aquellas sediciones, puesto que se ofrecían espontáneamente y de muy buen grado a los libidinosos deseos del amo y señor.

En Escocia se hallaba establecida una tarifa para las virginidades. La hija de un siervo salvaba la suya mediante una vaca; la de un vasallo, abonaba dos; la de un conde, vasallo del rey, doce. Lo mismo sucedía en Francia y España, con alguna diferencia.

En el señorío de Souloire, en el país de Caux, había un estanque con una calzada, sobre la que estaba erigida la casa del señor, quien tenía el derecho de pernada sobre todas las mujeres que pasaban por aquella calzada y delante de su casa.

Cuando eran bonitas, las hacía entrar en su despacho y sacaba la parte de su derecho; si eran feas, las dejaba pasar mediante algunas monedas. Se decía que muchas mujeres, por un exagerado motivo de economía, rogaban al señor que usara de su derecho, antes que aflojar los cordones de su bolsa, y que eran mayores las injurias por los dineros que por el derecho de pernada.

Ocurría que muchas veces las damas castellanas concedían el derecho de represalias a algunos gentiles vasallos. Un joven noble, que era vasallo del señor de Brives-la-Gaillarde, se enamoró y se dispuso

al matrimonio. El día de la boda condujo a su joven esposa al señor de Brives para rendirle homenaje. Este halló a la joven de su gusto, y declaró que, en virtud de su privilegio, quería darla el abrazo. Por la noche, pues, habiéndose celebrado el matrimonio, el señor se trasladó a la casa del vasallo, para pasar allí la noche.

El joven esposo no se entretuvo en consumirse a la puerta de la habitación donde su esposa estaba ocupada, y se marchó derecho al castillo; se presentó a la dama, que era joven y bonita, y, como él era igualmente tan joven como bien portado, se apresuró vivamente a pagar la deuda de su marido. O sea, que el vasallo pasó una gran noche con la esposa de su señor, y la dotó de un robusto varón, puesto que el marido era esteril.

Los Papas extendían antiguamente su poderío universal hasta sobre los placeres del matrimonio. Numerosos historiadores han comprobado que prohibieron el goce en todos sus estados que ponían en entredicho, y que los esposos no tenían derecho a usar de sus privilegios cuando eran siervos de un señor excomulgado.

Sin duda, esta pretensión del Papa fué lo que dió a los eclesiásticos el derecho de pernada. Unase a esto, que la mayor parte de los obispos y de los canónigos eran señores temporales, y que se hacían rendir homenaje como los señores laicos, que los imitaban en todo y que les suplicaron el derecho de pernada si les daban el ejemplo.

Montaigne ha escrito a propósito de los sacerdotes usando el derecho del señor, esta humorada:

"Y los romanos tenían como costumbre al regresar de viaje, enviar por delante a su casa, para que supieran su llegada las mujeres, a fin de no sorprenderlas. Y, por lo tanto, cierta nación ha introducido que el sacerdote abra el fuego a la esposa, la noche de bodas, para evitar al esposo la duda o la curiosidad de buscar en este primer ensayo, si llega a él virgen o lleva heridas de un amor extraño. "¿Por qué se ha acostumbrado—dice Saint-Foix—a despreciar a un cornudo, aunque no tenga culpa de su falta?... Es, sin duda, porque todas las gentes de condición servil se hallaban en ese triste caso, y gratificadas con ese nombre por tener su señor el derecho de pernada."

El nombre de villano que daban a los siervos, es parecidamente un nombre de desprecio, y, antiguamente, los nombres villano y cornudo eran sinónimos.

En Europa, y en casi todo el mundo civilizado o influenciado por las normas europeas, se hace un gran aprecio de la virginidad, jactándose cada marido de cultivar un terreno inculto. En Asia y en

Africa, como ya hemos visto, se acostumbra a pagar a un hombre por desflorar a la joven que se casa. El esposo encuentra que se le hace un gran servicio desembarazándole de una tarea que nosotros juzgamos tan grata. En la Edad Media esto parecía natural, y no había en todos los casos nada de inmoral a los ojos del pueblo. Claro que esto nada tiene de asombroso, si se observa que las costumbres más raras y más ridículas tenían el prestigio de los cánones legales.

En París mismo, había el feudo de tres doncellas, que consistía en tres o cuatro casas situadas cerca de la iglesia de Saint-Jacques de la Boucherie.

A menudo el jefe de esta parroquia era el señor feudal de ella. Dicho feudo fué vendido a principios del siglo XIV a un maestro de escuela que gozaba en él, como sus antecesores, del derecho de pernada sobre las tres primeras doncellas que se casaran en el año, si es que, efectivamente, se podían encontrar tres que lo fueran en un barrio tan reducido.

En el siglo XV, los señores feudales de Picardía obligaban a las mujeres de sus vasallos a coger los pies de sus esposas durante la noche de bodas. Podían dispensarse de esa carga ridícula si sus maridos se dejaban golpear por ellas en el patio del castillo la primera noche que los esposos pasaban en el lecho nupcial.

De Collin de Plancy transcribimos las siguientes ceremonias de los eclesiásticos y los señores feudales de Picardía:

"Un aldeano, siervo de la abadía de Bauquesme, cerca de Amiens, acababa de casarse. Condujo a su esposa ante el abad, para que viese si quería ejercer sobre ella el derecho del señor. La joven esposa no era hermosa; sus encantos no tentaron al abad, que, además, se hallaba un tanto fatigado de la noche precedente. Y le dijo, pues, al aldeano:

—Te cedo el placer de arrebatar, por tí mismo, las primicias de tu mujer, pero antes es preciso que te quedes enteramente desnudo y permanezcas dos horas sentado en el estanque cenagoso de nuestro corral.

"El pobre esposo obedeció en silencio, y, sin embargo, el abad, que había retenido a la joven junto a él, dijo a sus monjes que se la cedía a ellos."

El señor Gerome de Vesses, en Picardía, acababa de recibir como don de su señor feudal, el soberbio señorío de Frocourt; apenas instalado, aunque ya contaba cincuenta y cinco años de edad y se hallaba muy gastado por los excesos de la juventud, no quería renunciar por

completo a su derecho de pasar las tres primeras noches con las jóvenes esposas de los villanos de su nuevo dominio.

Uno de sus súbditos iba a casarse: era preciso que le presentara a su prometida.

—Cásate—le dijo—; te lo permito esta misma noche, porque tu futura me agrada, y cuento con gozar de tres buenas noches.

—Señor—respondió el villano—, sabe usted que el uso concede al señor el derecho de pernada sobre sus jóvenes siervas, pero que también permite a los villanos rescatar sus noches, que es lo que le quería proponer.

Gerome de Vesses que, en su anterior señorío, había tenido a sus aldeanos en tal miseria que jamás había abrigado la idea de que ninguno pudiera pagar la excepción del derecho del señor, se asombró de la demanda, y, reflexionando, contestó al fin:

—Parece que aquí sois ricos, y que se os permite amontonar bien. ¡Tanto mejor! Me aprovecharé de ello; por lo que a ti se refiere, te cederé mis derechos, si me quieres pagar dos libras de plata al peso, diez decálitros de trigo además y doble censo en el primer año de tu matrimonio, si consientes buenamente en hacer lo que te diga.

El pobre diablo, muy contento con poder recoger por sí mismo la primera flor de su mujer, aceptó las condiciones que se le proponían, aunque fueran demasiado onerosas. La condición que exigía el señor era que el marido debía coger a su mujer sobre sus espaldas y llevarla así de uno a otro extremo de la ciudad, después conducirla al lecho y pasar la noche en la misma cámara, pero sin tocarla.

El siervo, muy contento, se apresuró a satisfacer los deseos de su señor. Pero cuando la mujer estuvo en el lecho, dos hombres de armas del señorío velaron al lado de la casada, mientras el esposo permanecía acostado en un saco de paja.

Pronto conoció el villano que las condiciones que se le habían impuesto y que le habían parecido tan gratas, no podían ser más crueles. No estaba separado de su mujer sino a muy corta distancia; era suya, amada por él y él por ella; tenía sobre ella los dobles derechos del amor y del matrimonio, y no podía estrecharla entre sus brazos ni decirle una palabra. Dos satélites del tirano velaban a sus lados; además, la cámara estaba alumbrada por una lámpara, condición exigida; su mujer le dirigía tales miradas, que el desgraciado esposo perdió del todo la cabeza y se lanzó hacia ella tiernamente, abriéndole sus brazos para darla en su boca el más ardiente de los besos. Pero al punto, los dos guardianes se apoderaron de él y le arrastraron hacia

el castillo, donde pasó, prisionero, el resto de la noche. Por la mañana, conducido ante el señor, este le dijo:

—¡A buena hora! Me entregaba a una pena mortal por haberte vendido las primicias de tu mujer, y no has sabido merecerlo. Cuanto has hecho es nulo; guardo cuanto me has pagado, y esta noche usaré mi derecho de pernada. Mañana tendrás lo que te deje. Hasta entonces, permanece aquí.

Cuando los atractivos de la casada no seducían a los señores, ordenaban a los jóvenes esposos pasar la primera de sus noches en la copa de un árbol y allí consumar el matrimonio; o a consagrar los momentos de himeneo a la orilla de un río a la vista del señor y de la señora, que se divertían con ello gratamente.

Después de todo lo expuesto hay que suponer que, por regla general, las vírgenes desposadas que habían de someterse a la rijosa tiranía del señor feudal, no lo harían de buen grado, sino por la fuerza brutal de aquellas leyes hechas para violar hasta el más sagrado principio constitucional de la célula social humana. No cabe duda que la virginidad moral de estas mujeres había de subsistir, pese a las tres noches reglamentarias que exigía el derecho de pernada, puesto que la violación legalizada no contaba con el elemento psíquico esencial para constituír la entrega voluntaria. En buena moral, es evidente que esta mujer desflorada por su señor podía llevar al esposo los atributos inmaculados de su virginidad espiritual, aunque el signo físico hubiese desaparecido.

El doctor Jaff se refiere también en su libro a las pruebas de la colecta de la virginidad, diciendo:

"El pudor era, en cierto modo, desconocido entre los grandes de la Edad Media, demostrándolo suficientemente los usos altamente obscenos. Así, en Inglaterra se examinaban las partes naturales más ocultas para atestiguar el estado legal de los jóvenes de ambos sexos, y lo propio ocurría en Alemania. Redinard nos da a conocer que la célebre Isabel de Inglaterra fué colocada desnuda, y visitada, para saber si estaba convenientemente formada para tener sucesión.

Aún se practicaban las mismas formalidades en el siglo XVIII, contituyendo esto una regla para los miembros de la familia real. En el matrimonio de la hija del regente con el hijo de Felipe V, para comprobar la unión carnal, se hizo como en el matrimonio del duque de Borgoña.

Hallándose los esposos en el lecho, se permitió la entrada en la cámara a cuantos lo desearan; después se corrieron las cortinas, y el duque de Popoli y la duquesa de Montellano quedaron tras las cortinas cada uno a un lado del lecho.

El emperador Federico III, después de haber sido prometido por poderes a la princesa Leonor de Portugal, se negó a consumar el matrimonio, alegando como motivo que no quería procrear infantes italianos. La princesa, en su derecho, descontenta de aquella mala voluntad, se dirigió a su tío el rey de Nápoles. Este escribió al emperador que debía conducir al emperador a Alemania, y que, después de haber dormido con ella por primera vez, podía, si no le gustaba, despedirla y casarse con otra. Federico lo creyó conveniente, y tuvo lugar la ceremonia, de tal manera, que dió ocasión a las damas portuguesas del séquito de la princesa de mostrar su espantosa susceptibilidad.

En la historia de Federico III, que escribió Ocneas Sylvius, que tomó el nombre de Pío II, al ocupar la sede de San Pablo, se encuentra relatado el episodio de esta extraña ceremonia:

"Federico quiso que las cosas tuvieran lugar según las costumbres tudescas, y en presencia del rey. La princesa y él se hallaban acostados en un lecho, en el que se había colocado un almohadón, ambos completamente vestidos con sus trajes ordinarios, permaneciendo allí un instante, sin que realizaran acto alguno. De este modo era como se pracicaban los esponsales tudescos. Pero las jóvenes portuguesas que asistían como testigos a aquella ceremonia, se indignaron muchísimo de ella, con lo que el rey se distrajo en alto grado. La noche siguiente debían pasarla lo esposos ya desnudos por completo.

"Las damas portuguesas se apresuraron entonces, asistidas por un sacerdote, a recitar preces, y entonar cánticos en torno del lecho preparado, y a rociarlo con agua bendita, pensando, según su superstición, en hacer dichosa la vida futura de los esposos, y ahuyentar la mala suerte. Pero sucedió que el emperador, creyendo que el lecho estaba envenenado, rehusó acostarse en él, e hizo al punto preparar otro, llamando a la emperatriz. Esta, llamada dos veces y luego tres, no se decidía a trasladarse al otro lecho, diciendo que la costumbre era que el marido debía ir a buscar a la mujer. El emperador, queriendo vencer aquella resistencia, cogió a su mujer de la mano, dejándose entonces ella vencer y conducir, sin más resistencia, al lecho nupcial, donde se consumó el matrimonio."

En Suabia, sobre todo, era donde se practicaba la costumbre de las noches de prueba.

Una hermosa aldeana sabía sacar de sus encantos el mayor partido

posible; sabía dispensar sus favores con una prudente reserva, existiendo en ella el instinto de la coquetería.

Desde que una suaba llegaba a la edad en que el número de los años empezaba a atormentarla gratamente, si era bella, y sobre todo si sus padres disfrutaban de buena posición, se hallaba colocada en la situación en que está colocada una rica heredera en cualquier ciudad importante. Una multitud de amantes giraban en torno suyo, y cada cual se esforzaba en distinguirse de los demás: quien por su vigor, quien por su buen aspecto, cual por su humor juvenil y por su generosidad; más tan pronto como se podía conocer quién era el favorecido, los demás se alejaban, y el feliz mortal a quien la hermosa había distinguido, recibía la autorización para visitarla por la noche.

Y era contrario a todas las reglas del gusto y del buen parecer, que aquel amante se introdujera prosaicamente por la puerta; la etiqueta exigía que penetrara por la ventana. El joven aldeano no hubiera quedado contento, y hasta se hubiera creído deshonrado, si hubiera llegado cerca de su hermosa sin correr el riesgo de romperse la crisma. Aquellas penosas empresas no procuraban al principio, al amante, otra ventaja que la de poder hablar algunas horas con su bella, que, durante todo el tiempo, permanecía vestida y pronta a rechazar las libertades que pudiera permitirse un amor demasiado ardiente. En cuanto empezaba a amanecer, el joven debía retirarse.

A medida que las entrevistas se multiplicaban, la doncella se mostraba menos reacia; concedía algunos favores, inocentes primero; sus vestidos eran menos cerrados, dejando entrever ciertos encantos.

Frecuentemente, la sencilla criatura terminaba por permitir todo cuanto antes prohibía, y ocurría lo que es de adivinar: la flor se cogía al fin.

Las primeras citas se llamaban *noches de bienvenida;* más tarde, tomaba el de *noches de prueba,* y esa designación da una justa idea de las pruebas a que se entregaban, de una parte y otra, personas que no querían contraer una obligación indisoluble sin un perfecto conocimiento de causa.

El resultado más frecuente de tales entrevistas era el embarazo de la joven. Entonces su amante la pedía en matrimonio, y la boda se realizaba prontamente.

Era muy raro que el mozo que, para servirnos de una expresión rabelaisiana, había pedido prestado un pan de la hornada, dejase allí abandonada a la interesante criatura que había hecho madre. Se hubiera atraído el odio y el desprecio de todo el mundo. Pero también ocurría que, después de algunas noches pasadas juntos, de una manera más o menos íntima, los dos amantes se separaran por mutuo acuerdo, reconociendo que no se convenían; no resultando ningún perjuicio para la reputación de la joven, a la que no tardaba en presentársele otro enamorado, que, por su propia cuenta, reanudaba la novela que había interrumpido. No obstante, si tales rupturas se renovaban muchas veces, se consideraba a la joven como si tuviera algún defecto oculto, y los pretendientes cesaban de presentarse.

Los aldeanos consideraban la costumbre de que nos ocupamos como completamente inocente, y a veces ocurría que, si el cura de la ciudad pedía a un aldeano noticias de su hija, éste respondía con franqueza y satisfacción, como prueba de que progresaba y la encontraba aceptable, que había empezado a conceder citas de noche.

En el siglo XVII los aldeanos de Breguez se resistieron con todas sus fuerzas a las autoridades que querían poner fin a las noches de prueba y castigarlos por ellas.

Los casuístas que tienen la manía de tocar las cuestiones más delicadas concernientes a las relaciones entre los sexos, escribieron sobre ello. Hubo consultas firmadas por viejos doctores que dictaminaron, en viejo latín, que aquella costumbre era una abominable invención del demonio, y que era preciso proscribirla, bajo las penas más severas. En efecto, un edicto vino a prohibir las visitas nocturnas, pero continuaron en secreto.

Tales quejas no eran nuevas en el siglo XVI. Un eclesiástico de Wurtembergeois desplegaba todo su celo contra las noches de prueba, y existen pruebas de los ataques de algunos teólogos contra una costumbre que existía en Sajonia, en el siglo XIII, y que autorizaba a un amante a pasar una noche con su querida antes de que se decidiera si debía o no tener lugar el matrimonio.

Un jurisconsulto erudito, Gruper, ha escrito y demostrado que en otros tiempos las entrevistas íntimas eran cosas permitidas en Alemania, antes del matrimonio, tanto en la alta sociedad como en la baja.

Existe un documento singular de 1773, que atestigua que el conde de Hasburgo, Juan V, después de seis meses de citas nocturnas con la hija de Ulrch de Rappolstein, se vió rechazado con desprecio, porque había adquirido la convicción de que le faltaban las facultades viriles. Se marchó, lleno de desprecio y de vergüenza, a Strasburgo, a entregarse al maestro Henri de Sajonia, el más célebre doctor de

la época: mas parecía que las drogas y los baños prescritos por aquel ilustre médico no produjeron gran efecto. Esto ocurría el 1378.

El doctor Jaff, al referirse a las garantías únicas de la virginidad, habla de la *infibulación* diciendo:

"La infibulación es una operación que consiste en acercar las partes laterales de la vulva por medio de una costura, y más frecuentemente, por un anillo, de manera que no deja sino el espacio necesario para el paso de las reglas."

La reunión de los órganos sexuales, o de los labios de la vulva, por una costura, hecha desde la infancia con un hilo encerado, constituye la infibulación más comúnmente usada en la India, en Persia, y en otras comarcas de Oriente; generalmente es usada en el Sudán.

Hay que observar que ésta no se limita, como entre los negros, a practicar la ablación de la parte prominente de las ninfas o del clítoris, lo que constituye una especie de circuncisión (en lenguaje técnico la *ninfectomía*): se levanta sobre el reborde interno de los grandes labios, y dando vuelta a la vulva, una lengüeta de carne de uno o dos centímetros de longitud. Restañada la sangre, se acuesta a la operada boca arriba, con las piernas extendidas y apretadas una contra otra; las partes incididas se encuentran así reunidas, se sueldan y se cicatrizan, obstruyendo la entrada de la vulva.

En vez de abandonar a la operada a los cuidados de la naturaleza, se introduce entre los bordes inferiores de la incisión un tubito metálico, generalmente de plata, de menos de un centímetro de diámetro, y que tiene por objeto permitir la evacuación urinaria y menstrual. Adoptadas estas disposiciones, la joven es atada sólidamente, de manera que impida todo movimiento que pudiera malograr el resultado de la operación. La ligadura y el tubo deben permanecer en su sitio hasta que sea completa la cicatrización, quedando unidas las dos partes.

Tal estado de cosas se mantiene hasta la época del matrimonio de la joven, en cuyo momento aún es preciso recurrir a los oficios de la matrona para destruir el obstáculo, o, más bien, solamente de la parte que pudiera oponerse a la consumación del matrimonio, y como esa nueva incisión tendería a cerrarse, es preciso aún introducir en ella un tubo vegetal de una dimensión apropiada a las nuevas funciones del órgano. Este tubo suele ser retirado al cabo de un mes, tiempo necesario para obtener la garantía de que la cicatrización es completa.

A pesar de los dolores que acompañan a estas prácticas bárbaras, a pesar de los peligros a que se exponen, permanecen en pleno vigor, no solamente las más fuertes, sino aun las más jóvenes, quienes personalmente lo desean, ya que tienen la ciega creencia de que, sin recurrir a tan dolorosa como rudimentaria operación quirúrgica, no encontrarían un hombre que las desposase.

Las viudas jóvenes, que conservan aún la esperanza de contraer un nuevo matrimonio, se someten frecuentemente a las torturas de esa doble laceración.

Ocurre también que algunos maridos, que se deben ausentar por algún tiempo, obligan a sus mujeres a someterse a ello hasta la época de su regreso. Pero, por lo demás, esto no impide que en esos países, como en los demás, un marido celoso sea burlado. La mujer se hace descoser en tiempo oportuno.

Así es que, cuando se cree haberlo previsto todo, la infibulación, que parecía la mejor garantía de la virginidad, produce frecuentemente un resultado absolutamente opuesto. Muchas mujeres, vendidas como esclavas, se rehacen la virginidad, obteniendo de este modo una estrechez artificial que permite al mercader de esclavas engañar al comprador sobre el valor real de la mercancía.

Se dice que entre las circasianas, las mujeres más bellas de la raza blanca, se hace un verdadero culto de la conservación de la virginidad. El procedimiento más eficaz, al decir de aquellas gentes, consiste en coser un corsé sobre la piel, que sólo el marido tiene derecho a descoser en la primera noche de bodas utilizando un puñal muy cortante. Este puñal puede desempeñar también una misión parricida, puesto que la arrogancia de los nobles y de los aldeanos no se acomodaría a encontrar reestrenos en los corsés de sus bellas desposadas.

LA VIRGINIDAD EN SU ASPECTO MORAL

Un elogio exaltado.—Antes casadas que vírgenes.—Los romanos.—Diferencias de criterio.—La rebelión de la naturaleza.—Los idealistas medievales.—El panorama de las viejas virgenes.—La moral de la vieja Europa.—Hinton y Merimée. Niñas prostituidas.—La opinión de Erhard.—El desastre matrimonial.—El mayor capital no es el himen.—Una virgen de *doublé*.

Un médico poeta, haciendo el elogio de la virginidad, dice que no participa del sentimiento herético de los que prefieren el matrimonio a la virginidad, y que comparan al primero con un árbol todo cargado de frutos, que el jardinero debe conservar, y la virginidad, a otro árbol completamente esteril, como la higuera de las Escrituras, que fué maldita y condenada al fuego, como indigna de ocupar un lugar sobre la tierra y como el motivo de la indignación del Creador.

Entre todos los estados de la vida—añade el colega—, la virginidad puede ser contada la primera. La dificultad que existe para resistir a la naturaleza es, seguramente, una de las cosas que la hacen más recomendable en todo el mundo, y ella es el ornamento de las costumbres, la santidad de los sexos, la cadena del pudor, la paz de las familias y el manantial de las más santas amistades.

Es como una bella flor conservada cariñosamente en un jardín murado por todos los lados. Ella es desconocida de las bestias, y no hay hierro que no la hiera al cultivarla: un aire favorable la mueve, un calor benéfico la conserva, y una dulce lluvia la acaricia y la hace crecer. Todos los jóvenes la desean con pasión; pero todos la desprecian cuando la han cogido.

De esta forma, puede decirse, con Catulio, que una joven es adorada por todos sus amigos cuando guarda la flor de su virginidad,

pero perderá el cariño de todos si la ha perdido, y ninguna muchacha volverá a recibirla en el seno de su sociedad.

No son sólo los pueblos cristianos los que tienen a la virginidad en veneración; los paganos e incluso las salvajes, tienen por ella una estimación particular.

Los romanos, en otro tiempo, la erigieron un templo y la levantaron una estatua, llamándola *Bucca Veritatis*. Esta estatua decidía de la virginidad o de la infamia de las jóvenes: la hija de un rey, que después de haber introducido un dedo en la boca de la estatua no fué mordida, justificó así la injuria de que la hizo víctima una mujer al acusarla de impúdica. En cambio, otra que fué acusada del mismo crimen, introdujo el dedo en la misma boca, pero las mandíbulas de la estatua se cerraron, cercenándosele.

De todos es conocida la veneración de aquellos pueblos por las vírgenes Vestales y el famoso edicto del emperador Tiberio. Los poetas nos han dicho, por su parte, que no hay nada más bello ni más puro digno de ser cantado.

Los teólogos y los médicos consideran la virginidad de una manera muy diferente. Los primeros dicen que es una virtud del alma que nada tiene de común con el cuerpo. Los médicos, al contrario, afirman què la virginidad es una unión natural de las partes de la mujer que no está corrompida por los contactos de un hombre.

Hasta aquí ha hablado un médico con atisbos de poeta. Mejor pudiera invertirse el orden de las palabras, diciendo que había hablado un poeta con atisbos de médico.

Preferir la virginidad al matrimonio—y llamamos matrimonio al ayuntamiento de dos seres de diferente sexo—, ni es natural, ni es cristiano siquiera. Para los poetas, este concepto, completamente anormal, de la vida humana, ha sido siempre un motivo de honradas, pero equívocas declamaciones, que no hay duda consiguieron sumar prosélitos a la causa del idealismo. Todo lo espiritual, al decir de ellos, no debía ser maculado por la suciedad intolerable de los contactos sexuales, que arrebatarían al ideal sus motivos fundamentalmente idealistas. Si esto no hubiera pasado de ser un sofisma estúpido y brutal, el fin de la humanidad estaría a punto de ser un hecho consumado.

Pero por fortuna, la naturaleza, con sus fueros sabios y sus exigencias lícitas, desdeñó en absoluto las teorías ascéticas y siguió las rutas bien definidas de su sagrada función renovadora.

Alejandra Kolontay hace un esbozo atinadísimo de esa perversión, remontándose a la Edad Media. "Es aquella una época—dice—en

que el amor entre los esposos no puede inspirar el canto de los poetas, puesto que el amor no era la base en que se fundaba la familia que vivía en los castillos. El ideal se basaba en la concepción de que únicamente el "amor espiritual", el amor sin satisfacciones carnales, era digno de ser citado como modelo y de merecer la calificación de "virtud". El ideal de ascetismo (abstinencia sexual) tiene puntos de contacto con la elevación del sentimiento amoroso convertido en virtud moral. El anhelo de purificar el amor de todo lo que fuese carnal, "culpable"; la aspiración a convertir el amor en un sentimiento abstracto, llevaba a los caballeros de la Edad Media a caer en monstruosas aberraciones: elegían como "dama de sus pensamientos" a mujeres que nunca habían visto, llegando incluso a enamorarse de "la Virgen María". No creo que sea posible desviar más un sentimiento."

Fundar la virtud de las vírgenes, como dice el colega, en su resistencia típica a los mandatos de la naturaleza, es, sencillamente, ir contra la naturaleza misma. Esta actitud puede compararse con cualquier forma aberrante de la sexualidad. Por otra parte, la experiencia nos dice hasta donde pueden llegar los estragos que en la sociedad producen las vírgenes obstinadas, las cuales experimentan una modificación en su contextura moral capaz de hacerlas caer en el ridículo, en la patología o en el cadalso.

Esta transformación de la moral de las vírgenes recalcitrantes, la analiza un célebre tratadista demostrando que la virginidad obligada es contraria a la salud de la mujer, y asegura que, en los claustros, la mayoría de las religiosas no exceden apenas de los cuarenta y cinco a cincuenta años.

¿Cuántas celibatarias no hemos visto volverse locas? En esas desgraciadas, el sistema nervioso, falto de fecundación, superabundante de una vitalidad que se reparte sobre mil cosas diversas, los órganos, que no han desempeñado las funciones para que fueron creados, llegan a ser manantial de una serie de desórdenes que invariablemente terminan en la locura.

Cuando se ha cruzado la vida sin dejar plaza a las más nobles pasiones que pueden agitar la especie humana, cuando se ha estado en contacto con los más afectuosos sentimientos, con los más tiernos, cuando se ha permanecido yerto e insensible a las vigorosas llamadas del sexo, es que no se tiene corazón.

La joven-vieja tiene un rostro de mármol; su reserva encierra algo de frío, de grave, de displicente. No es dignidad: es aridez.

Frente a ella, se siente disgusto. Se le habla con cautela, sin apenas atreverse a hacerlo. Siempre se teme no ser comprendido de aquel ser, que ni ha comprendido nada ni nada debe comprender.

Ella misma se halla molesta y encogida. A primera vista se advierte que la vieja-joven se halla privada de aquella facultad de amar que conduce al afecto y a la simpatía. Está en medio de la sociedad completamente aislada. A nada se liga ni nada la liga a ella.

Cuando en torno suyo se agitan en el aire el amor y el afecto, se siente enferma, angustiada, vacía. Necesita vivir en una atmósfera de hielo, porque el calor, la alegría y el ansia de existir, son para ella como mortales venenos. Tal espectro de mujer, es un ser insexuado, sin órganos; acaso sólo tiene resortes que la hacen existir o vegetar maquinalmente. Es esencialmente egoista, y lo recoge todo para ella. Moralmente, está muerta.

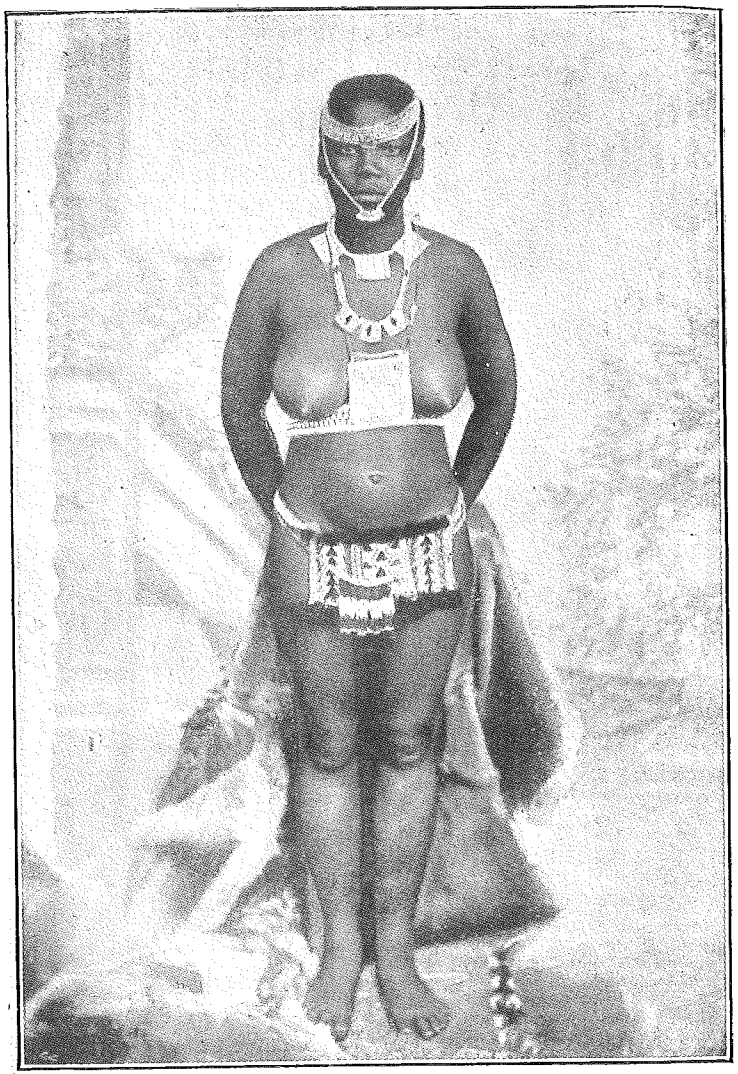
La vieja-joven es cobarde; nadie como ella teme más el dolor y las enfermedades, aunque tiene de sí misma un cuidado excesivamente particular, pero carece de piedad hacia los sufrimientos de sus semejantes. Generalmente, se convierte en "dama caritativa", pero su caridad no es más que un motivo de ostentación. La ejerce con una dureza verdaderamente cruel, aportando para ella la inquisición, el espionaje y la tortura. Necesita acompañar a cada moneda una palabra dura; ha encontrado el medio de corromper la limosna.

Nunca quiere agradar a nadie, aunque se aperciba de ello. Su estructura es angulosa; su tocado, pobre, ridículo, de estantigua. No es feliz más que hablando mal de los demás. Sabe hallar en todas las acciones, sobre todo en las de las mujeres, motivos abominables; su imaginación es, bajo este punto de vista, de una fecundidad satánica; asombra tanta perversidad; asusta, porque nada hay más espantoso que los vicios que se cubren con la máscara de la virtud, y que no se sabe cómo confundirlos.

Derrocha los mayores horrores en una sola conversación, ocupándose en despedazar el crédito y hasta el honor de cuantos merecen su atención perversa; toda maldad tiene su asiento en la opinión contagiosa de esta desdichada.

Ahora, lector, entre una virgen vieja y una prostituta joven, limpia, alegre y fragante, elije...

Ya tenemos el cuadro de la virginidad recalcitrante, como preámbulo de la virginidad en su aspecto moral, aunque no sea diho aspecto el que queremos analizar ahora. Pero, de pasada, no está de más haber expuesto esa faceta de la castidad, aunque no sea más que como



MUCHACHA DE UNA TRIBU CAFRE

Está dispuesta para el matrimonio. El delantal que cubre sus partes pudendas, indica que es virgen. Después del matrimonio, con el detalle anatómico, se quita para siempre el delantal.

LAMINA VIII

réplica oportuna a la afirmación de un colega que, intoxicado de lirismo, sin duda alguna, nos elogia a la virgen en términos tales, que no parece advertir que el tiempo habrá de poner un límite prudencial en la conservación de esa antihigiénica, inútil y molesta membrana, que, en buena lógica, debiera ser eliminada por medio del bisturí tan pronto fuese llegada la edad púber, o más pronto, hacia los nueve o diez años, como se efectúa en algunos pueblos, si bien menos cultos, bastante más sanos, moral y físicamente, que los que hemos dado en llamar civilizados.

Hemos visto, acaso con una enojosa prolijidad de datos, en qué consisten las pruebas de la virginidad según las teorías de todos los tiempos y de casi todos los pueblos que tanto se preocupan de este aspecto de la anatomía femenina. Estimo, por lo tanto, que no habrá necesidad de abundar en más conceptos, puesto que no conseguiríamos otra cosa que encerrarnos en un círculo vicioso repitiendo la narración de hechos cuya esencia o fondo serían siempre los mismos.

Repetiremos que no es posible vincular la pureza del alma a la virginidad del cuerpo hasta el punto de convertir el detalle anatómico en eje, fuente y norte de una moral austera, de una perfección ética indiscutible.

Después de haber visitado una gran parte del mundo, de estudiar razas y pueblos, contrastar costumbres y establecer parangones morales entre unos y otros, he obtenido la conclusión definitiva de que, a más de entre los árabes y colonias israelitas diseminadas por toda la tierra, es sólo en la parte occidental de la vieja Europa donde la virginidad anatómica de la mujer es aún para las gentes un *totem*, bastante para servir de garantía de castidad, sin posibilidad de apelación a otras demostrativas de lo contrario, como la falta de ese detalle constituye un *tabú* capaz de desmoronar la moral más arraigada de toda una familia, sin que sirvan las protestas leales de la interesada, invocando las pruebas de su inocencia o de su ignorancia, basadas en una existencia moral, digna y respetable por todos conceptos.

La castidad, la pureza y el honor, son, por extensión de la frase de Pedro Crespo, patrimonio exclusivo del alma; pero ¿del cuerpo?... ¡Nunca!

Conste, naturalmente, que al concepto anterior hay que encuadrarlo dentro de sus justos límites, a fin de que, en buena moral, sea intachable su interpretación simbólica.

Hace sesenta años, James Hinton escribía lo siguiente: "La mujer que delibera, se pierde." Nosotros creamos el peligro al obligar a la

mujer a vivir de esta manera, rodeando su vida de peligros anormales y antinaturales. La existencia de la mujer de ahora está regida por una falta absoluta de razón y de sentido; la virtud que se le obliga a guardar es morbosa y malsana. Ni Dios ni la naturaleza pensaron jamás equilibrar la vida de la mujer sobre la punta de una aguja, como hacemos ahora. Todo el concepto moderno de la virginidad encierra una exageración sexual, heredada de otros tiempos y desprovista de lo que antes tenía de grande y de bello.

Mérimée, en una carta escrita en 1859, decía: "Creo que, hoy día, las gentes dan demasiada importancia a la virginidad. No es que quiera negar, ni mucho menos, con esto que la castidad es una virtud; pero en las virtudes, como en los vicios, existen grados inferiores y superiores, y, a mi juicio, resulta absurdo el que una mujer sea desterrada de nuestra sociedad por tener un amante, y, en cambio, sea recibida con todos los honores la que es tacaña, falsa y calumniadora. La moralidad que rige el siglo no es ciertamente la que nos enseñan los Evangelios. A mi juicio, es mejor querer con exceso que no querer bastante; pero hoy en día, los corazones secos son los que tenemos colocados en los pináculos."

La doctora H. Paul desarrolla otro punto aliado a este tema, y escribe lo que sigue: "Hay niñas, verdaderas criaturas, que se han prostituído a sí mismas con la práctica de la masturbación, con pensamientos y deseos lascivos. Perdieron hace mucho toda pureza de alma, y nada hay desconocido en la vida para ellas; pero... ¡han sabido conservar la integridad de su himen! Esto hacen, sin duda, con miras a un porvenir matrimonial. Nadie podrá dudar de su inocencia con evidencia tan indiscutible. Pero ¡ay de las otras doncellas que, habiendo pasado su niñez en perfecta castidad y pureza, al despertar de su sueño infantil e impulsadas por su carácter vehemente, por su ardiente e impetuoso temperamento, se atreven a entregarse a un hombre por amor o por pasión!

"Todas las demás mujeres se levantarán como una sola a publicar su deshonra, y entre ellas, tal vez con mayor ahinco que ninguna otra, la niña prostituída que supo conservar la integridad de su himen. Esta lanzará las piedras más grandes y gritará más fuerte que ninguna otra, y, sin embargo, la mujer deshonrada, la que es sana y limpia de corazón y de pensamiento, no tendrá nada que ocultar al hombre que la desee después en matrimonio; hablará con él franca y lealmente y sin ocultaciones. No tendrá por qué sonrojarse, porque, al fin y al cabo, ha ejercido su derecho natural, y no hay hombre razonable en el mundo que por haber obrado así la estime menos."

En términos parecidos escribía F. Erhard: "La virginidad, en un sentido, tiene un valor inapreciable; pero, en otros, creo que se le da demasiada importancia. Aparte el que la mujer virgen puede, sin embargo, estar muy pervertida, esta exagerada estimación que se hace de la virginidad es causa de que se desprecie a la mujer que ha tenido la desgracia de perderla, y da por resultado el desarrollo de una industria especial para preparar, mediante una educación claustral, mojigata e inútil, a las doncellas que trerán al matrimonio y al esposo ese encanto especial, y en cierto sentido erótico, que tiene para el hombre la mujer que lo ignora todo. Claro está que esto sólo se consigue sacrificando toda educación racional y lógica. Lo que más tarde esas niñitas sin desarrollar podrán dar de sí, ningún hombre puede adivinarlo."

El sabio psicoanalista Freud también expone los males que trae consigo esa preparación para el matrimonio que tiene por base el ideal de la virginidad, que se da a las niñas en la sociedad moderna de estos tiempos.

Con esta educación se consigue reprimir la sensualidad latente de la niña hasta el día de los desposorios, y no sólo prohibe toda relación sexual y da un valor enorme a la inocencia, sino que retrae a la individualidad femenina de toda tentación, manteniéndola en un estado de ignorancia absoluta respecto al lado práctico de la vida y evitando todo aquello que pudiera despertar sus sentimientos amorosos allí donde no conviene y en casos que no conducen al matrimonio.

Este método da por resultado que cuando, al fin, con previa autorización de sus mayores, la niña puede enamorarse, no sabe aplicar al caso sus condiciones puramente psíquicas, y entra en el estado matrimonial sin tener seguridad de aquello que siente. Como consecuencia de este retraso del funcionamiento amoroso de su temperamento, lleva un profundo desencanto al hombre que puso en ella todos sus deseos, manifestando gran frialdad e indiferencia en sus relaciones físicas y sexuales con su marido.

Senancour cree que, una vez que se haya resuelto el problema de la progenie, no sólo será igual para ambos sexos la ley de castidad, sino que, hasta cierto punto, la situación cambiará por completo. La continencia será por consejo, no por precepto, y en las mujeres, sobre todo, se mirará con gran indulgencia toda inclinación sexual. El hombre ha nacido para el trabajo: él recoge su placer sexual en la vida

solamente, y debe alegrarse de que la mujer se ocupe en disfrutar y gozar mucho más que él. Los placeres cansan a los hombres, y éstos deben, por lo tanto, reprimir sus deseos.

No puede ser más falsa ni artificiosa la idea que se tiene de que la doncella lleva al matrimonio un importante capital, que se consume en el primer acto sexual que entre ella y su marido se efectúa, capital que nunca jamás puede ser recuperado. Esta idea subsistente pertenece más a la barbarie que al progreso. Toda la validez que el hecho puede encerrar, si es que alguna encierra, afecta a la esfera de la perversidad erótica; pero en manera alguna hemos de tomarlo en consideración para justipreciar los aspectos y valores morales del asunto.

Para la mayoría de los hombres, sin embargo, aun cuando estos no se den cuenta de ello, la mujer, que conoce los misterios del amor, tiene mayor valor erótico que las vírgenes, y, por lo tanto, en este terreno no tiene por qué desdeñar a la esposa que ha perdido su virginidad.

Podríamos recurrir a múltiples casos clínicos para demostrar, sin lugar a dudas, que la relación entre el signo físico y la virginidad moral es completamente nula. Ya hemos visto cuál es la opinión de las más celebradas autoridades en la materia, pero, no obstante, quiero referir un caso en el que internive, para que el lector juzgue de nuestros asertos.

En cierta ocasión se presentó en la clínica una señora acompañada de su hija, bella muchacha de veinte años de edad, la cual se quejaba de agudos dolores en la región perineal. Naturalmente, procedimos al interrogatorio propio del caso, siendo de advertir que nada más tenderse en la cama de operaciones advertimos la presencia de un himen semilunar de escasa abertura.

Después de proceder a la palpación por vía rectal, puesto que la membrana impedía en absoluto la penetración del espéculo, advertí la presencia de un cuerpo duro del tamaño de una cereza en el fondo del saco vaginal. Lo más desconcertante era la presencia del himen, y, después de un interrogatorio minucioso, pretendiendo explorar el ánimo de la paciente, me convencí de que no había medio de descubrir la razón de la presencia de aquel objeto en un lugar tan íntimo, que imposibilitaba toda investigación, a menos de recurrir a la himenotomía. No obstante, sirviéndome de una sonda, conseguí tocar el cuerpo extraño, con la particularidad de que los toques no producían molestia alguna a la muchacha, aunque descubrí con facilidad la presencia de pus, revelador de una infección.

Después de los trámites necesarios, transcurridos unos días procedimos a destruir la membrana himenal, y entonces fué posible extraer con toda facilidad el objeto que se había fijado en la cavidad del Douglas. Se trataba, sencillamente, de un dedal de acero que, sin duda, la joven se introdujo con propósito de masturbarse. Pero lo más notable del caso fué que, pese a todas nuestras exhortaciones y súplicas, no conseguimos que nos explicase la presencia del dedal en un lugar tan recóndito de sus genitales.

Por consecuencia, desde el punto de vista puramente anatómico, yo no tuve la menor duda de que aquella mujer no había tenido comercio carnal con hombre alguno, al menos efectuándose la intromisión total del pene, lo que no quiere decir que no hubiese adoptado la forma de *flirt*, que consiste en la aproximación únicamente vulvar del miembro viril.

¿Pero puede afirmarse que esta muchacha fuese moralmente virgen? En manera alguna. Además, su obstinación en negar lo que estábamos viendo tan claramente, implicaba ya una predisposición perversa y un ansia de mentir, que son los aspectos cualitativos en los cuales es justo basar una inmoralidad inicial, que puede ir en aumento hasta extremos inconcebibles. Si la muchacha, educada en un ambiente propicio para suponerla perfectamente culta, hubiese confesado sinceramente el por qué de la presencia de aquel objeto en sus partes más íntimas, me hubiese parecido "más virgen"...

Terminemos, pues, con el análisis de la virginidad en los aspectos que más preocupan a la sociedad, para analizarla desde el plano médico-legal, que, después de todo, no ha de aportar más indicaciones al profano que las que ya hemos referido tan extensamente.

ASPECTO MEDICO-LEGAL DE LA VIRGINIDAD

Un absurdo.—La reserva médica.—Persistencia de himen en las prostitutas.—Prudencia en el diagnóstico.—Virgen auténtica, aunque embarazada.—La madre que desfloró a su hija.—Pruebas independientes de la ausencia del himen.—Período de cicatrización.—Signos sin valor.

Hace cientos de años se dijo por primera vez "que es tan difícil conservar la virginidad como negar o afirmar su existencia".

En efecto, de todo lo expuesto, consecuencia de observaciones propias y de autorizados testimonios ajenos, dicha conclusión viene a resultar poco tranquilizadora para quienes creyeron firmemente que de la existencia de esas pruebas podría deducirse, de una manera infalible, la evidencia absoluta de la virginidad, no sólo en el aspecto físico, sino en el moral también. ¿Cabe mayor absurdo?

La apreciación científica de los signos de la virginidad y de las pruebas de la desfloración, apenas si puede considerarse inequívoca en el reducido límite de la actuación médico-legal.

Veamos lo que al efecto dice el eminente médico francés doctor Balthazard en su resumen de Medicina Legal, donde, al referirse a los signos de la virginidad, se establece el principio de que "la integridad del himen es la prueba más demostrativa de la virginidad". Y agrega:

"Esta regla presenta algunas excepciones que han de ser estudiadas cuidadosamente. Primeramente ya hemos señalado el himen lobulado, cuyos lóbulos o labios, que son generalmente dos, pueden ser tres o cuatro, separados por muescas profundas, que pudiendo ser empujadas hacia atrás, permiten la entrada de objetos voluminosos; en tal caso, cuando la muchacha ha alcanzado la edad de dieciséis o dieciocho años, es posible que practique el coito sin que de él per-

sistan huellas. La existencia de un himen lobulado impone, pues, una gran prudencia en el diagnóstico de la virginidad y de la desfloración.

Aún cuando el himen no presente tales muestras, el primer coito, y, en ciertos casos, los coitos repetidos no provocan siempre el desgarro de esta membrana. Este hecho puede depender de la gran resistencia del himen, resistencia tal que ha hecho que el coito quedara incompleto, o, por el contrario, es efecto de una gran elasticidad, que le ha permitido dilatarse suficientemente para dar paso al pene, sin desgarrarse.

Son numerosas las observaciones de mujeres en las que, ya en el curso del embarazo, ya en el momento del parto, el médico ha podido advertir la integridad del himen. Con frecuencia, a pesar de coitos repetidos, a causa de la resistencia del himen, que a veces tiene la consistencia del cartílago, el pene está encapuchonado por dicha membrana, y no pasa del vestíbulo vulvar; si la eyaculación se ha verificado en el orificio himenal—consecuencia muy frecuente—, la fecundación ha sido posible, tanto más cuanto que el himen ha podido ser empujado, sin romperse, hasta cerca del cuello uterino.

Otras veces, la exploración de la membrana himen intacta, permite darse cuenta con la facilidad con que se deja deprimir. Gracias a su elasticidad es posible introducir uno o varios dedos en su orificio central. Parent-Duchatelet y Taylor han publicado cierto número de observaciones de prostitutas que practicaban cada día varios coitos completos, y cuyo himen estaba intacto. Pero aún hay más: el himen puede ser suficientemente elástico para persistir después del parto.

De todos estos hechos resulta que cuando una mujer posee un himen no desgarrado, no ha de deducirse que no ha tenido nunca relaciones sexuales, siendo prudente cierta circunspección cuando, estando el dedo introducido en el orificio vaginal, se observa que este orificio es dilatable; en tal caso debemos abstenernos de afirmar que la mujer es virgen, siendo preferible decir que la mujer presenta todos los atributos de la virginidad (si los demás signos son concordantes), y que no está demostrado que haya tenido relaciones completas con un hombre.

Por otra parte, si una mujer afirma haber sido violada hasta repetidamente, aun cuando estuviera embarazada, en presencia de un himen intacto, cuya consistencia es firme, de tal modo que no es posible dilatar el orificio con el dedo, se puede afirmar que el coito ha

sido verdaderamente incompleto, y que no ha existido violación, según la definición admitida por el Tribunal de Casación. Esta mujer no es ya tal vez moralmente virgen, pero es aún una semivirgen. (1.)

Queda aún por examinar si el himen puede romperse sin que haya habido coito. Es verdad que existen desgarros traumáticos del himen, producidos por otros cuerpos contundentes distintos del pene: una muchacha cayó a horcajadas sobre una estaca, infiriéndose lesiones múltiples en los grandes labios y desgarre del himen. El dedo, o mejor, los dedos, pueden producir el desgarro: una ninfómana introducía todos los días varios dedos en la vagina de su hija, de doce años de edad: el himen estaba desgarrado y cicatrizado (Tardieu).

De la misma manera, en los atentados al pudor, el desgarro del himen puede resultar de la intromisión de objetos más o menos voluminosos en la vagina, y, además, el médico legista debe pensar siempre en la posibilidad de una rotura de la membrana, ocasionada por una maniobra de onanismo de la muchacha misma, tal como la introducción de un bote de pomada que se encontró en el fondo del saco posterior. (Segond.)

Estas observaciones demuestran que el desgarro del himen no implica forzosamente la prueba de la violación; el atentado al pudor con violencia puede producir iguales lesiones.

Si prescindimos, pues, de los casos excepcionales que hemos señalado, en los que la persistencia del himen es compatible con la práctica repetida del coito, se debe admitir que, en la mayoría de los casos, la integridad del himen es un signo importante de virginidad.

Los demás signos, tales como la firmeza de los grandes labios, que cubren completamente los labios menores, conservación de los pliegues de la mucosa vaginal, y pequeño desarrollo de los pezones, son muy inconstantes; en todo caso, su desaparición no puede resultar de un coito, único signo de relaciones sexuales frecuentemente repetidas.

Vamos a referirnos a los signos de la desfloración, siguiendo las teorías médico-legales.

En el primer coito completo, que no coincide siempre con la primera tentativa de coito, el pene desgarra al himen; así, pues, si se

(1) Parece que vacila el doctor Balthazard al admitir la virginidad moral de la mujer. Si el embarazo ha sobrevenido como consecuencia de la violación, que en este caso no ha destruído el himen, en buena moral, desde los puntos de vista ético y fisiológico, ¿hasta qué punto, pregunto yo, es lícito negar la virginidad auténtica de la embarazada sin su consentimiento?...

llama al forense para examinar los órganos genitales de una mujer, poco tiempo después de este coito, se observa en el himen la existencia de desgarros en forma de muescas irregularmente dispuestas, cuyos bordes están ulcerados y faltos de revestimiento mucoso.

Cualquiera que sea la forma del himen, es imposible formular nociones precisas acerca de la situación de estos desgarros.

En el himen labiado existen frecuentemente dos desgarros que prolongan la hendedura media y dos desgarros laterales, uno en medio de cada labio; en el himen anular se encuentran de cuatro a cinco desgarros radiados; en el himen semilunar, el número de colgajos es variable.

Hay un solo hecho general, y es que, después del desgarro, los colgajos resultantes permanecen en un mismo plano, y el himen conserva, salvo los desgarros, la misma configuración que tenía antes de la desfloración.

Si se inclinan con precaución los colgajos, se observa la superficie roja, ulcerada, a veces supurante, de las heridas; este aspecto persiste por lo menos por espacio de tres o cuatro días, durante los cuales se efectúa la cicatrización. Las superficies úlceradas no se sueldan entre sí, sino que se cubren de una mucosa, que es muy difícil de distinguir de la inmediata.

Excepcionalmente se verifica la reunión de los colgajos del himen, y éste tendría el aspecto del himen virginal, si no existiera una cicatriz blanca que se destaca sobre el fondo rosado de la mucosa.

La cicatrización puede estar terminada al cabo de cinco, ocho o quince días; la supuración de los bordes, y, sobre todo, la existencia de una vulvitis blenorrágica, retardan el proceso de aquélla.

Cuando se han efectuado numerosos contactos sexuales, los colgajos, frecuentemente separados unos de otros, comprimidos por el pene contra las paredes de la vagina, experimentan una atrofia progresiva.

En el momento del parto, los colgajos himenales que han persistido se desgarran, de manera que se producen numerosos fragmentos. El himen, que hasta entonces había conservado su forma primitiva, se destruye completamente, no quedando, después de la cicatrización, más que mínimos vestigios consistentes en crestas mucosas, en vegetaciones, que constituyen las carúnculas mirtiformes.

Finalmente, cuando existe en una virgen un himen en puente, se observan, después de la desfloración, los restos de la brida membranosa bajo la forma de dos tiras membranosas, que flotan por delante del orificio de la vagina.

Vemos, por consiguiente, por la descripción que acabamos de dar del himen desflorado, que si no es posible cometer un error en una mujer que ha tenido hijos, es posible la duda antes del parto, ya que los desgarros del himen simulan las escotaduras congénitas de ciertos hímenes virginales.

La presencia de una cicatriz blanca que prolonga en el himen una escotadura, demuestra que se trata en este caso de un desgarro; pero la existencia de una cicatriz puede considerarse como excepcional.

En cuanto a los caracteres de las escotaduras congénitas, deducidos del pequeño número de colgajos, de su regularidad, de sus bordes regularmente redondeados, son, desgraciadamente, falaces. Lo mismo ocurre cuando existen desgarros incompletos del himen ya cicatrizados, en cuyo caso la confusión es casi fatal con el himen virginal, que presenta escotaduras congénitas.

Con raras excepciones, las conclusiones deben ser muy reservadas cuando nos encontramos en presencia de un himen cicatrizado; no ocurre lo propio en presencia de desgarros rojos, sangrientos, que demuestran la existencia de una rotura reciente.

Los signos accesorios de la desfloración no están acusados más que en las mujeres que han tenido numerosas aproximaciones sexuales, y consisten en la flacidez y alargamiento de los labios mayores, que están algo separados, dejando ver los labios menores; la mucosa vaginal es más lisa, sus repliegues disminuyen; los pechos son menos firmes y los pezones más prominentes. Estos signos, por otra parte, nada tienen de característico.

VIOLACION Y ATENTADO EN LAS VIRGENES

La violación y el Código.—La apreciación del médico y del jurista.—Edad de las violaciones.—Importancia de las lesiones.—Vaguedad en las conclusiones.—Una fórmula tendenciosa.—Fecha de la desfloración.—Señales en el violador.—Casos de intervención médico-legal.—El padre que embarazó a su hija.—La ingenua embarazada.—El agua fecundadora

Al referirnos a la virginidad en su aspecto médicolegal, es preciso tener en cuenta que el mayor porcentaje de intervención del forense en tales cuestiones ocurre a consecuencia del delito de violación.

Se entiende por violación el coito practicado en una mujer sin su consentimiento, sea empleando violencia, coacción moral u obrando con engaño y sorpresa. Si la mujer fuese menor de doce años de edad, existirá violación, según nuestro Código, aunque haya mediado su consentimiento.

La opinión de los juristas es muy distinta de la de los médicos. Thoinot declara: "La violación implica, como término necesario, la posesión de la mujer, es decir, la intromisión del pene en la cavidad vaginal de la mujer; sin esta intromisión, sin esta posesión, no hay más que atentado contra el pudor."

Pero estudiemos exclusivamente la desfloración como consecuencia de la violación, puesto que, para el jurista, tanto la tentativa como el hecho consumado, ya sea total o parcialmente, merecen una calificación unánime.

Las estadísticas judiciales demuestran que las dos terceras partes de las violaciones son perpetradas en niñas de diez a trece años; dicha proporción se eleva hasta los cuatro quintos de la totalidad de las violaciones, si se cuentan las niñas de diez a quince años.

Antes de los diez años la violación es excepcional; la conformación de los órganos genitales es tal, que antes de esta edad la intromisión del pene es dificilísima y requiere para ser efectuada una violencia y una brutalidad inusitadas; así es que se cuentan tan sólo algunas observaciones de violaciones de niñas de nueve, ocho y hasta seis años, cometidas por muchachos de quince a veinte años, de miembro viril poco desarrollado.

Cuanto más joven es la niña—dice Balthazard—, tanto menos probable es que haya intromisión completa del pene; así es que de diez a trece años se observan tan sólo desgarros incompletos del himen; por el contrario, las lesiones de la vulva son bastante considerables.

En los casos muy raros, en los que el himen está completamente desgarrado, existen graves desórdenes, tales como desgarros del perineo, del fondo del saco posterior de la vagina, desinserción de este conducto, etc., no siendo raro que a consecuencia de la violación la víctima sucumba rápidamente por peritonitis sobreaguda.

Por el contrario, cuanta más edad tiene la niña, tanto más frecuente es el desgarro completo del himen, mientras que las demás porciones de los órganos genitales, más desarrolladas, presentan lesiones más ligeras. Estas lesiones consisten, sobre todo, en el enrojecimiento de la mucosa con vulvovaginitis traumática. Con mayor rareza se pueden observar alteraciones específicas debidas a la transmisión de una enfermedad venérea, chancro blando o sífilis.

Es tanta la dificultad que existe para comprobar de una manera cierta cuanto a la desfloración se refiere, que el tratadista titubea más de una vez, y apenas si responde a sus enunciados con respuestas vagas e imprecisas de muy escasa consistencia doctrinal. Por ejemplo, al referirse a la cuestión médico-legal que un caso de violación plantea, se pregunta:

"¿Está desgarrado el himen?"

Y se contesta, diciendo:

"Ya hemos indicado los caracteres de los colgajos himenales en los que se basa la respuesta a esta pregunta, y notado que la respuesta afirmativa es tan fácil cuando la desfloración es reciente, como aleatoria cuando se ha verificado la cicatrización".

Al referirse a la causa del desgarro himenal, tampoco aporta una abundancia de pruebas digna de erigirse en base inapelable.

Ya hemos mencionado anteriormente la existencia de desgarros del himen fuera de los casos de violación, pero tales hechos son excepcionales. De igual manera, hasta los doce o trece años, el onanismo puede raramente explicar una lesión o un desgarro de la membrana, puesto que las maniobras onanísticas son generalmente efectuadas, por temor al dolor, con gran cautela.

El desgarro del himen es, por consiguiente, casi siempre indicio de violencias ejercidas en los órganos genitales, violación o atentado al pudor. En realidad, los dedos introducidos en la vagina pueden causar desgarros tan completos como los producidos por la intromisión del pene. La existencia de lesiones considerables en los órganos genitales, sobre todo si la niña está próxima a la pubertad, inducirá a pensar en la intromisión de cuerpos evtraños voluminosos y duros, cuando por su cuantía no sea admisible que hayan sido producidos por el pene.

Fuera de estos casos, deberá concluirse prudentemente que la rotura del himen y las lesiones de los órganos genitales han sido causadas por la introducción en la vagina del "pene en erección o de otro cuerpo voluminoso y duro". Esta conclusión es preferible a la fórmula tendenciosa de Tardieu: "Las lesiones resultan de la intromisión de un cuerpo voluminoso y duro, *tal como el pene en erección.*"

Es natural que la observación de lesiones venéreas, a la vez en la niña y en el acusado, excepción hecha de la blenorragia, permite a veces sentar conclusiones más precisas. Lo mismo ocurre cuando se demuestra la presencia de semen en la vagina, en la cara interna de los muslos o en las regiones próximas de los genitales.

Otro aspecto es el de la época de que data la desfloración. Cuando la cicatrización no se ha efectuado, puede admitirse que el desgarro del himen data a lo más de quince días, es decir, que es reciente; por el contrario, si la mucosa que cubre los bordes de los desgarros ha adquirido los caracteres de la mucosa normal, sobre todo si existen cicatrices blancas lineales, se puede afirmar que el desgarro del himen no es reciente, que data por lo menos de un mes, debiéndonos abstener de dar indicaciones más precisas.

Acerca de la violación ejecutada en las vírgenes núbiles, el doctor Balthazard no demuestra mayor fortuna en sus conclusiones, especialmente en cuanto a lo que afecta a la existencia de esos signos que el vulgo estima irrebatibles en un sentido o en otro. Pero es que, desde el punto de vista estrictamente clínico, es innegable también que no puede decirse mucho más.

Atengámonos, pues, a las teorías del citado maestro.

Desde la edad de catorce años, en nuestras regiones, los órganos

genitales de las niñas han adquirido un desarrollo suficiente para que el coito sea posible sin producir más desórdenes que la rotura del himen; así es que en tal caso no se encuentran los traumatismos genitales observados en las niñas impúberes, faltando en particular la vulvovaginitis, salvo los casos de contaminación blenorrágica.

Por el contrario, las lesiones traumáticas extragenitales son frecuentes, puesto que la víctima es capaz de defenderse de su agresor, el que debe, antes de efectuar el coito, vencer la resistencia de aquélla, procurando abrir los muslos con las manos y produciendo con ello equimosis en la cara anterointerna de los muslos.

Se concibe que cuando la muchacha está bien formada, cuando sabe qué es lo que intenta el violador, y, finalmente, cuando el miedo no paraliza sus medios de defensa, la violación no puede consumarse fácilmente.

En tales condiciones, ¿es posible la violación? En la solución de este problema, frecuentemente planteado ante el médico legista, éste no puede apoyarse en argumentos médicos, y su respuesta, que traduce su opinión personal, no tiene más valor que la de los jurados; así es que lo mejor, si puede ser, es eludir la contestación.

Es cierto que la violación de una muchacha virgen de quince a veinte años no es posible más que en el caso de que el hombre tenga una superioridad física muy considerable respecto a la joven, o en el caso de añadir a la lucha física una coacción moral, amenazándola con matarla si se defiende. De no ser así, el agresor debería conservar en la cara, en las manos, etc., huellas de arañazos, mordiscos y golpes, sin lo que sería poco verosímil el relato de la joven violada.

Con frecuencia, los procesos de violación se desarrollan en condiciones muy diferentes; varios individuos sujetan una joven, mientras otro la viola; no es raro que estos individuos inviertan sucesivamente sus papeles en la violación. En estas condiciones no ha de discutirse la posibilidad de ésta, sino si en realidad ha tenido lugar.

Si la joven es examinada algunas horas tan sólo después de la violación, o si ésta ha sido seguida de asesinato, es posible comprobar, no tan sólo la existencia de un desgarro reciente del himen con hemorragia, sino que se puede encontrar semen en la vagina, en los muslos y en las ropas.

El embarazo, cuando se desarrolla en los plazos normales después de la violación, es un argumento que concuerda con la relación de la joven, pero no tiene siempre gran valor para la justicia; por el contrario, la observación de un embarazo de tres o cuatro meses,

permite confundir a la joven que acusare a un sujeto de haberla violado un mes antes.

He aquí algunos casos interesantes de intervención médico-legal, referidos por autores diversos:

Legludic, dice:

"La llamada X..., de veintitrés años de edad, presenta en la cara interior del antebrazo izquierdo un fuerte arañazo.

"En la parte inferior de pecho izquierdo se aprecia una equimosis, de tinte azulado, que mide tres centímetros de longitud.

"Los senos son firmes, redondos; los pezones rodeados de una aréola rosásea, sin señales de violencia en su superficie.

"Las partes genitales externas, bien conformadas, presentan el estado siguiente: los grandes labios firmes, poco gruesos, aplicándose el uno al otro, de manera que ocultan en parte la vulva y los pequeños labios; el clítoris y las ninfas no ofrecen dimensiones exageradas; la horquilla forma una brida, bastante delgada y bastante saliente; está roja, pero no desgarrada. Los pequeños labios, sonrosados, pero ambos presentan en la parte inferior un rojo más subido. Separando los pequeños labios, se observa la integridad absoluta del himen; esta membrana está sonrosada, sin trazas de contusión ni de desgarraduras antiguas ni recientes.

"El himen se presenta bajo la forma de un diafragma irregularmente circular, interrumpido en su parte superior por una abertura bastante estrecha; es pequeño, un poco replegado sobre sí mismo, espeso, resistente, no ofreciendo su borde libre la menor desgarradura. La integridad del himen demuestra que la llamada X... no ha sido desflorada.

"Por detrás de la vulva, entre ésta y el ano, se ha observado una rubefacción notable, que puede ser perfectamente el resultado de presiones y frotamientos ejercidos recientemente en esta región.

"El ano, en fin, presenta, por detrás, tres rasgaduras lineales, aún sangrantes, de superficie roja. El orificio del ano está ligeramente tumefacto y muy sensible al tacto.

"Estas rasgaduras superficiales pueden atribuirse a la acción directa y obligada, en la dirección del canal anal, de un cuerpo más o menos duro.

"La conclusión es que la joven no ha sido desflorada, y que sobre ella se han operado tentativas de introducción de un cuerpo, más o menos duro, en el ano."

El mismo autor estudia una observación de atentado al pudor con consumación del acto sexual sin ruptura.

"La llamada P..., de quince años y medio de edad, es de estatura ordinaria, excelente constitución, puber, reglada desde los catorce años.

"Pubis cubierto de vello bastante abundante, sin exagerado desenvolvimiento de los grandes labios; los pequeños, alargados, y clítoris bastante voluminoso.

"La horquilla, intacta, pero ligeramente deprimida.

"La mucosa vulvar, sonrosada y sana.

"El himen presenta una abertura vertical sinuosa, es fuertemente dilatable, de tal manera flojo y extensible, que puede perfectamente permitir, sin rotura alguna, la penetración en la vagina de un cuerpo duro y voluminoso, como el miembro viril.

"Las partes sexuales no presentan señales de violencia.

"La llamada P... no ha sido desflorada en el sentido médico de la palabra, pero la relajación del himen es tal, que ha podido tener aproximaciones sexuales sin desgarramiento."

En la desfloración reciente, el himen está desgarrado, siguiendo una o varias líneas regulares, o, más frecuentemente, en fragmentos irregulares. Los colgajos quedan sanguinolentos dos o tres días, supuran un poco y se cicatrizan. Después de siete u ocho días, esta cicatrización se produce, y las señales de una reciente desgarradura no existen.

El onanismo puede ser causa de la desgarradura del himen. "Parecía—dice Lacassagne—que algunas nodrizas, para acallar y dormir a los niños confiados a sus cuidados, los masturban, y así favorecían la desgarradura."

La causa más común de la desfloración es el coito; cuando la desfloración es antigua, y, sobre todo, en las mujeres que han tenido hijos, un solo carácter es afirmativo: la presencia del esperma.

La observación siguiente es de Tardieu: un atentado de un padre contra su hija, que ha quedado virgen y encinta.

"D... es un hombre de conformación normal. Los actos que le han reprochado consistieron, al decir de su hija, en aproximaciones repetidas, seguidas de frotamientos contra sus propias partes y eyaculación. Tales aproximaciones habían tenido lugar durante varios años seguidos, y en bastante número de veces. Ahora, aunque la joven no hubiera tenido la sensación de una introducción completa, es extremadamente verosímil que el miembro viril, poco a poco, ha atacado las partes y penetrado de una manera casi insensible, al menos, a la entrada de la vulva.

"El estado de los órganos de la joven, no habiéndolo comprobado, no se ha podido estudiar, ni las disposiciones que en ella afectase la membrana himen, cuya existencia ha sido reconocida cuando el parto."

Luego este sólo hecho basta perfectamente para explicar el embarazo, pudiendo haberse operado la fecundación en las relaciones sexuales incompletas, aunque entonces no hubiera tenido lugar la desfloración, cuando las relaciones han sido frecuentes, repetidas y realizadas en las condiciones que es permitido considerar como fáciles.

La desfloración podrá ser producida por un cuerpo extraño, introducido con violencia, que puede dar lugar a los primeros desórdenes. En efecto, se conocen varios casos de mujeres que se han introducido en la vagina cuerpos inertes para ensangrentarla, y que en seguida han gritado como si fueran violadas, con intención de vengarse de un amante tímido, o de deshacerse de aquel que la querían dar como esposo contra su voluntad.

En los asuntos de violación, sucede a menudo que las jóvenes, o mujeres, acusan falsamente a un hombre honorable, ya por móvil vulgar, el deseo de venganza, por ejemplo, o aun el deseo, en aquella joven embarazada por consecuencia de relaciones consentidas, de salvar su reputación, cargando su estado a la cuenta del coito violento.

El doctor Tardieu cita otro caso interesante:

Una joven de veinte años, modista, encinta de ocho meses, fué recogida por una señora caritativa, que hacía tiempo ejerció la profesión de comadrona. La joven parecía ser digna de interés; estaba debilitada por el embarazo, y pretendía ser víctima de un odioso atentado. Una circunstancia, completamente extraordinaria, aumentaba aún la piedad que inspiraba.

¡Aunque encinta, era virgen! La pobrecilla había quedado embarazada por sorpresa, sin entregarse completamente a un hombre. El acto venéreo, al menos por su parte, no había sido consumado. Este hecho, en sí mismo, no ofrece nada de misterioso. La membrana himen, demasiado estrecha para ser penetrada por el órgano viril, ofrece, sin embargo, una abertura suficiente para la introducción de la semilla, y cuando este líquido es proyectado con fuerza a la entrada de las partes sexuales, la fecundación puede tener lugar. Tal era el caso.

He aquí el relato de la joven:

"Fuí—decía—enviada por mi madre enferma a casa del médico que acostumbraba a curarla. Yo misma estaba atacada de clorisis, y muchas veces aquél médico me había auscultado y palpado, siguiendo, por prescripción suya, un tratamiento reconstituyente.

Aquella vez, apenas me vió entrar en su gabinete, corrió el cerrojo a la puerta; me cogió en sus brazos, me tendió sobre un diván, y yo permanecí toda aturdida. No sé lo que pasaría, pues yo estaba turbada y casi desvanecida, y, además, porque su acción fué rápida.

Tardé algún tiempo en rehacerme, y, sin darme cuenta exacta de la escena, permanecí inquieta. Volví a ver al médico varias veces sucesivas; pero no fué cuestión de nada. Al cabo de tres o cuatro meses, como no tenía mis reglas, y como sentía malestar, mi madre determinó enviarme al campo, y dejarme allí el mayor tiempo posible."

Tal fué el relato de aquella joven, que era de todo punto inverosímil. Una modista de París, de veinte años de edad, puede ser modista y sagaz, ¡pero no sencilla hasta tal punto!

Aquella joven fué enviada al campo. Hacia el sexto mes de su embarazo, su vientre era prominente; las mujeres que la rodeaban se convencieron, a pesar de sus negativas, de que estaba encinta. Una comadrona fué llamada, y apenas posó su dedo en las partes sexuales, declaró que la membrana himen estaba intacta y que la joven era virgen, y no podía estar embarazada.

Aquella aventura dió algún ruído; pero no se llevó más lejos el examen. Foralecida por él, que daba satisfacción a su amor propio, y proclamaba su inocencia, la joven persistió en negar toda relación con un hombre.

Sin embargo, vuelta a París y recogida por una comadrona que no se fiaba de palabras, se la obligó a someterse a un examen más serio. La membrana himen estaba intacta, pero la matriz contenía un feto vivo y de tiempo. El médico encargado por la justicia de esclarecer el asunto, procedió al examen, pero no obtuvo de la muchacha confesión alguna. Dió a luz un niño, que murió poco tiempo después.

Los hechos no le parecieron al juez de instrucción de naturaleza que motivaran nuevas investigaciones, y acabó por concluir con un "no ha lugar".

La joven había recibido voluntariamente caricias lascivas, que no habían sido llevadas más lejos, para que se alarmara hasta el extremo de las consecuencias que pudiera traer, y segura de sus precau-

ciones y de ser virgen, no creyó al principio en su embarazo, y, desengañada, luego ideó esa fábula para disculparse.

Yo conozco varios casos de vírgenes embarazadas, que aceptaron de buen grado las caricias del hombre que las fecundó, sin sospechar, naturalmente, que los juegos pudieran llegar tan lejos. Pero el caso más curioso de que tengo noticia, es el siguiente:

En cierta población del norte de Africa vivía un matrimonio con dos hijos, un varón de veinte años y una muchacha de diez y ocho.

Cierto día, la joven empezó a perder el apetito, sufriendo mareos, vómitos y otros trastornos semejantes. El médico de cabecera creyó hallarse ante una dolencia del estómago, úlcera, por ejemplo, pues hay que advertir que la señorita en cuestión seguía evacuando con normalidad la sangre menstrual: sus períodos catameniales eran como no lo habían sido desde que empezó a menstruar.

El facultativo se vió ante un caso raro, muy difícil de diagnosticar, pero resolvió enviar al campo a la enferma, sometiéndola a un plan de alimentación adecuado a lo que él estimó un trastorno gástrico.

Pero los mareos, vómitos, inapetencia, etc., seguían. Cuatro meses más tarde, la joven comprobó que su vientre aumentaba de volumen, lo que puso en conocimiento de la madre. Los períodos continuaban con normalidad, por lo que la buena señora desechó la hipótesis remotísima de un embarazo, aparte de que la joven observaba una conducta ejemplarísima y no se apartaba, como vulgarmente se dice, de las faldas de su madre.

Vuelta al médico. Este, desconcertado, procedió a un reconocimiento minucioso. El himen, intacto, y, además, de orificio reducidísimo, hasta el punto de que no permitía ni el paso del dedo pequeño de una mano. Pero después de las operaciones de palpación abdominal, del empleo del estetoscopio, etc., diagnosticó, clara y terminantemente, un embarazo en perfectas condiciones de evolución, y de cinco meses por lo menos.

Calcúlese el desastrre moral que se hizo en aquella desdichada y a todas luces honesta familia. La embarazada, sinceramente, confesó que sólo se había masturbado alguna vez que otra, muy pocas, pero frotándose el clítoris exclusivamente, sin introducirse en la vagina ni aproximado siquiera al orificio vulvar, objeto alguno.

El médico, amigo de confianza de la atribulada familia, recurrió a todo para investigar las causas ciertas de tan misterioso fenómeno,

con la particularidad, además, de que estaba firme y plenamente convencido de que la muchacha había dicho toda la verdad y que era la más sorprendida por un hecho tan insólito.

En esta certidumbre, en esta inquietud brutal, pasó el tiempo. El hermano llegó a enfermar de pesadumbre. En aquél medio provinciano, el suceso había sido bastante para provocar la retirada de muchas de sus amistades.

Y dió a luz un niño, y pletórico de ganas de vivir.

El médico prosiguió sus investigaciones hondamente preocupado por todo lo acaecido, y que, hasta cierto punto, no beneficiaba en nada a su sólida reputación profesional.

Un día, el hermano habló con el médico. Le hizo una pregunta que fué la clave que resolvió el problema:

—Dígame, doctor, ¿estará la explicación del embarazo de mi hermana en el hecho de que ella se hubiese lavado en la misma agua que yo?...

—Es posible—respondió el médico—. Pero... ¿tienes alguna sospecha?...

—Un día—prosiguió el muchacho—me estuve bañando en el baño, me masturbé. recuerdo perfectísimamente que mi hermana se hizo un lavado íntimo con la misma agua que había en el baño, a causa de haberse cortado la conducción por una avería. Y como acostumbraba en aquella época a bañarme todos los días, sin enjabonarme, el agua no estaba nunca sucia, por lo que supongo que mi hermana no tendría inconveniente en utilizar el mismo líquido...

En efecto, se comprobó tan interesante extremo por el testimonio de la joven madre, quien manifestó que muchas veces había tomado agua del baño con el bidet portátil.

Y el caso, desde entonces, tuvo una explicación perfectamente verosímil. Dada la temperatura del agua, propicia para conservar la vitalidad de los espermatozoides, nada tiene de extraño que al efectuar el lavado de sus genitales depositase en ellos los gérmenes procedentes de las maniobras masturbadoras de su hermano. Luego, algún animálculo se encargó de lo demás...

Yo, por mi parte, me explico el suceso sin reservas de ninguna clase.

OTRAS CIRCUNSTANCIAS DE VIOLACION

Las falsas acusaciones.—La violación durante el sueño.—La fábula del cloroformo.—El dentista de Ruan.—El hipnotismo al servicio de los violadores.—El caso del vagabundo Castellán.—Palabra final.

Varios médicos legales aseguran que no puede ser posible, a menos de que exista una gran desproporción de edad, que un sólo hombre pueda violar a una joven. A menudo, las personas acusadas de violación no son culpables sino de una negativa de no haber querido causar una dulce violencia a la que los acusa. La historia de las mujeres ofrecería muchos ejemplos de ello: Algunas, y entre otras, sabiendo que el individuo a quien su falsa declaración le hacía presumir culpable, era condenado, han confesado su maldad.

El consentimiento se compone de la aptitud para otorgarle y de la expresión real, formal y tácita, de dicho consentimiento. La cuestión de la edad en que el individuo está apto para consentir, está reglamentada por el Código; se ha considerado de los once a los trece años; en esta edad y sobre ella, es preciso que la voluntad haya sido forzada o no existiese, para que se haya demostrado el atentado.

Al hablar de este aspecto de la virginidad, acerca de lo que, lo repetiremos mil veces, tantísimas creencias erróneas se sustentan por ignorancia pura, no dejaremos de contribuír en la medida de nuestras fuerzas a la destrucción de otra fantasía que aún parece artículo de fe entre las gentes ígnaras. Nos referimos a la desfloración durante el sueño, hipótesis de la que ciertos escritores o novelistas poco escrupulosos han abusado en sus producciones, con lo que no han conseguido otra cosa que evidenciar su incultura y desconocimiento de estas cuestiones.

En ciertas circunstancias, la violación puede ser cometida sin violencia. El sueño natural ha sido alegado, como pudiendo conducir, o, al menos, facilitar la sorpresa de la violación; se puede ciertamente y con mayor seguridad, llevarla a cabo en una persona sorprendida durante el sueño y en una posición favorable, que en una persona despierta.

Taylor refiere la observación de una mujer sorprendida durante su sueño, después de una gran fatiga, acostada vestida, que creyó a su esposo cerca de ella, y no se apercibió de la suplantación sino cuando el acto se había realizado; el causante fué condenado.

Resulta de una orden del Tribunal de Casación, que el que se introdujo por sorpresa, durante la noche, en el lecho de una mujer casada, en lugar de su marido y llegó a abusar de ella, se hacía culpable de violación.

En una mujer ya desflorada, cuyas vías genitales son fácilmente accesibles, no es difícil consumar la violación' siempre que esté *profundamente dormida*. Pero en lo que se refiere a una virgen, está demostrado hasta la saciedad con pruebas irrefutables, que la realización del acto es *absolutamente imposible*.

También se ha recurrido en estas afirmaciones a la anestesia por el cloroformo. En efecto, la anestesia puede tener lugar en una mujer dormida; pero se necesita una habilidad poco común para obtener éxito en la tentativa. En resumen, que no se debe conceder confianza a los relatos de violaciones por medio del cloroformo.

Abundando en esta opinión, un autor dice lo siguiente: "El éter, el cloroformo, el protóxido de azoe, etc., pueden emplearse directamente para aniquilar la voluntad y ofrecer toda facilidad a los ultrajes. Sin embargo, es dificilísimo cloroformizar a una persona contra su voluntad, a menos que sea sorprendida durante el sueño, en cuyo caso hacerla pasar del sueño a la anestesia no es nada difícil."

El caso más probado, del que se poseen algunos tristes ejemplos, es el del cloroformo empleado con un objeto medicinal en que el dentista o el médico aprovecha la anestesia para cometer el atentado. Puede ocurrir que la mujer al despertarse conserve el recuerdo de una sensación voluptuosa, sobrevenida en el momento en que estaba dormida, y que entonces se crea víctima de un atentado.

Esto ha ocurrido en un hospital. Una mujer, cloroformizada en presencia de los alumnos, se despierta y declara con indignación que ha sido víctima de un atentado; si el hecho hubiera ocurrido sin testigos, el acento de convicción de aquella pretendida víctima hubiera sido peligroso para el operador.

El doctor Brouardel refiere el caso de un dentista que había tenido relaciones con una joven dormida en presencia de su madre. Este dentista, apellidado Levy, residía en Ruan. Confesó haber practicado varias veces el coito con dicha muchacha mientras su madre se hallaba vuelta de espaldas. Pero mientras Levy pretendía haber obrado con consentimiento de la joven, ésta, que había quedado embarazada, afirmaba haber sido dormida cada vez y no haber tenido conciencia de los actos del dentista. Un examen atento de los hechos permitió a Brouardel concluír en favor de la verosimilitud del relato de la joven, que, por cierto, era de naturaleza histérica.

Aunque no existe ninguna observación demostrativa, se concibe más fácilmente la posibilidad de la violación en una mujer dormida con el sueño de la embriaguez. En cuanto a la violación durante el síncope y la pérdida del sentido, parece especialmente inventada para facilitar a ciertas jóvenes la explicación de su embarazo. (Balthazard.)

Finalmente, queda por estudiar el problema importantísimo de la violación durante la hipnosis; de ello existen cuatro observaciones, de las que tres, por lo menos, son incapaces de producir una profunda convicción.

En un primer caso de Pitres, una gran histérica, que había aceptado ir a cenar en gabinete reservado con un joven que había encontrado, cayó en sueño hipnótico al defenderse de las tentativas de su galán.

En un segundo caso observado por Ladame, el relato de una muchacha de conducta dudosa para explicar su embarazo invocando una violación durante la hipnosis, es verosímil, pero se basa únicamente en la declaración de la joven. Lo propio ocurre en la observación ya antigua de Coste y Broquier, de una joven de Marsella que, violada por un magnetizador, se le habían despertado sospechas de ello al observar que estaba encinta.

Queda la observación del vagabundo Castellán, que se hizo acompañar durante varios días, gracias a maniobras de magnetismo, por una joven campesina en la que practicó repetidos coitos, tanto en estado de vigilia como durante el sueño hipnótico. Las caricias que la joven prodigaba espontáneamente delante de testigos a Castellán, nos induce a creer que la histeria de aquélla desempeñó un papel más importante que el poder magnético del vagabundo.

Por consiguiente, si bien parece posible violar durante el sueño

hipnótico a una joven claramente histérica, vemos que la eventualidad se presenta raramente, y que en todo caso el médico está en la absoluta imposibilidad de suministrar la prueba de que el coito ha sido o no consentido.

Hemos llegado al final, después de haber estudiado la virginidad en todos sus aspectos. Y al final de la jornada podemos deducir la consecuencia inapelable de que la virginidad, la pureza, la castidad, toda esa serie de circunstancias que moral y físicamente contribuyen a formar la aureola de perfección que todo hombre anhela comprobar en su prometida, no pueden depender nunca del simple detalle anatómico analizado en las páginas que van escritas.

Luego reduzcamos el feroz *tabú* a polvo impalpable, y busquemos en la educación consciente de las nuevas generaciones las verdaderas garantías de pureza que sólo brotan del alma, de los sentimientos libres y moralmente limpios de trabas, prejuicios y anatemas inhumanos y brutales, y así será posible que la moral y la fisiología vayan siempre de la mano en un maridaje fraterno e indisoluble, sin apartarse jamás de los rectos senderos que en los vastísimos campos de la naturaleza trazaron hace milenios la inteligencia y la lógica.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

ANATOMIA DE LA VIRGINIDAD

Dos pensamientos.—La falta del himen.—Opiniones contradictorias.—Situación de la membrana.—Formas del himen.—Su consistencia.—Distensibilidad.—Formas de la rotura.—Carúnculas mirtiformes.—Composición anatómica de la membrana 7

RUPTURA OCASIONAL DEL HIMEN

Causalidad de la ruptura.—La incultura sexual.—La retención de la sangre menstrual, causa de la ruptura.—Un caso clínico.—Consecuencias de una caída.—Los tiempos actuales facilitan la ruptura himenal.—Desproporción entre la causa y el efecto.—La higiene, enemiga del himen.—Otras causas.—Desprecio de la virginidad.—Contradicción.—Consideraciones psicológicas. Opiniones 13

LA VIRGINIDAD A TRAVES DE LOS TIEMPOS

El poder de un adagio.—Hebreos y musulmanes.—Los romanos.—La virginidad entre los tahitianos.—Desfloradores de profesión.—La autodesfloración en la India. Testimonio presencial.—Los sacerdotes.—Los ouled-nails.—Costusbres del Brasil.—Un concepto romantico.—En Nubia.—Procedimientos de desfloración.—Las vírgenes de Annam.—Vírgenes impuras 21

LAS PRUEBAS DE LA VIRGINIDAD

No existen pruebas.—La medida del cuello.—La prueba de la voz.—El vello del pubis.—La forma de orinar. Una anécdota.—La prueba del azafrán.—La dilatabilidad del himen.—Corolarios.—Un caso de ausencia congénita.—Otro caso curioso.—Signos fisiológicos de la virginidad.—Relatividad de su importancia.—La efusión de sangre.— de Buffon 29

LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA VIRGINIDAD

El dictamen de dos matronas.—La matrona moderna. La virginidad y la magia.—Signos que no dicen nada. Dos vírgenes distintas.—El juicio de Esopo —Un método infalible para conservar la virginidad.—El oráculo de Faraón.—El caso Nocati.—Las gotas de sangre.—La leche.—Hombres que amamantan a sus hijos.—La

Páginas

virgen nodriza.—Investigación psicológica.—Las vírgenes que no encuentran marido..... 39

EL DERECHO DE DESFLORACION

Un poco de historia.—El derecho de pernada.—Insubordinaciones de los vasallos.—Fórmulas de arreglo.—El rescate del derecho.—Un marido que se cobra.—La intervención de los Papas.—Una humorada de Montaigne.—Los eclesiásticos picardos.—La estratagema de un señor.—Vírgenes morales.—Las pruebas entre la aristocracia.—Costumbres pintorescas.—Las «noches de prueba».—La infibulación.—Procedimiento operatorio.—Las circasianas..... 49

LA VIRGINIDAD EN SU ASPECTO MORAL

Un elogio exaltado.—Antes casadas que vírgenes.—Los romanos.—Diferencias de criterio.—La rebelión de la Naturaleza.—Los idealistas medievales.—El panorama de las viejas vírgenes.—La moral de la vieja Europa.—Hinton y Merimée.—Niñas prostituídas.—La opinión de Erhard.—El desastre matrimonial.—El mayor capital no es el himen.—Una virgen de *doublé*..... 61

ASPECTO MEDICOLEGAL DE LA VIRGINIDAD

Un absurdo.—La reserva médica.—Persistencia del himen en las prostitutas.—Prudencia en el diagnóstico. Virgen auténtica, aunque embarazada.—La madre que desfloró a su hija.—Pruebas independientes de la ausencia del himen.—Período de cicatrización.—Signos sin valor..... 71

VIOLACION Y ATENTADO EN LAS VIRGENES

La violación y el Código.—La apreciación del médico y del jurista.—Edad de las violaciones.—Importancia de las lesiones.—Vaguedad en las conclusiones.—Una fórmula tendenciosa.—Fecha de la desfloración.—Señales en el violador.—Casos de intervención médicolegal.—El padre que embarazó a su hija.—La ingenua embarazada.—El agua fecundadora..... 77

OTRAS CIRCUNSTANCIAS DE VIOLACION

Ls falsas acusaciones.—La violación durante el sueño. La fábula del cloroformo.—El dentista de Ruan.—El hipnotismo al servicio de los violadores.—El caso del vagabundo Castellán.—Palabra final..... 87

PAUTA DE LAMINAS

Página

LAMINA I

Diferentes formas de la membrana himen..... 16

LAMINA II

Mujer de las islas Hawai..... 17

LAMINA III

A y B: Joven indígena de Tahití. C: Jóvenes congolesas..... 32

LAMINA IV

Curandero «sakawe»..... 33

LAMINA V

Prostituta ouled-nail..... 48

LAMINA VI

Jóvenes ouled-nails..... 49

LAMINA VII

Virgen marroquí..... 64

LAMINA VIII

Muchacha de una tribu cafre..... 65